



POEMAS LÍRICOS

ANTERO
JIMÉNEZ SÁNCHEZ

3ª EDICIÓN
EDICIÓN DIGITAL

3ª Edición 2016

Edición digital

**Primera edición 1983 Asociación
Hispanica de Escritores**

Segunda edición 2003 Camino viejo

Edita bantero.es

Diseño de portada: Antero Jiménez Antonio

Las descargas de este libro y todo su contenido se hacen bajo licencia **Creative Commons**, por lo tanto queda prohibida su utilización comercial así como su modificación.

**Antero Jiménez
Sánchez**
Poeta de Torredelcampo

POEMAS LÍRICOS

3ª EDICIÓN 2016 (Edición digital)

EDITA: bantero.es

A MODO DE PRÓLOGO

LA OBRA DE ANTERO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

Por Alfonso Sancho Sáez

Discurso pronunciado por D. Alfonso Sancho Sáez (Catedrático de Lengua y Literatura Española, Profesor Emérito de la Universidad de Granada y Profesor de la Escuela Universitaria de Magisterio de Jaén), en el homenaje al autor de este libro, Antero Jiménez Sánchez, organizado por el Centro Cultural de Torredelcampo, en el año 1987.

Cuando le preguntaron a Gerardo Diego qué era un poeta, contestó: "un poeta es el que hace lo que cualquier otro y, además, hace versos". La intención venenosa del que preguntaba era poner de manifiesto la inutilidad de la poesía. En efecto, la poesía es inútil; y en ello reside su grandeza. Tan inútil como un atardecer sobre el Gran Canal de Venecia, como escuchar la séptima sinfonía de Beethoven o sentarse largas horas ante el "Juicio Final" de Miguel Ángel. Quien no se emocione en cualquiera de estas situaciones, es posible que

hasta sea lo que se llama un " triunfador" en la vida, pero, desde luego, le falta una dimensión humana esencial: la sensibilidad. Lo que, a mi entender, diferencia al simple semoviente del hombre.

Pues bien, sensibilidad, y exquisita, es la que se aprecia en Antero Jiménez. No basta la sensibilidad porque, si bastara, muchos seríamos poetas. Es preciso que la emoción, única e irrepetible que un hombre, en un momento y lugar determinado, experimenta pueda ser comunicada, transmitida, de modo que esta emoción sea recreada, no meramente comprendida, por un futuro lector tal vez muy lejano en el espacio y en el tiempo. Cuando Garcilaso escribió: "No me podréis quitar el dolorido sentir..." dio en la diana de la verdadera poesía.

El dolorido sentir del tiempo que se desliza entre tus manos, el dolorido sentir de un amor desvanecido, el dolorido sentir de las eternas preguntas sin respuesta, la paz de un paisaje desolado, el enigma de un niño que llora, la crispación de un sufrimiento inútil. El dolorido sentir. Si el poeta es capaz de transmitirlo, encontrará el eco fraterno de quien siente dolorosamente y se ahoga en su dolor sin voz. Quien, en un poema, descubre que su dolor no es otra cosa que su razón y su grandeza de ser hombre y que otro hombre simpatiza, padece con él, se sentirá expresado en el poema y aliviado en su angustia.

Esta es, nada menos, la angustia inutilidad de la poesía.

Pero el poeta, para serlo de verdad, ha de triunfar hasta donde es posible en la más quimérica y disparatada de las empresas. Porque, así como

otras artes disponen de un vehículo propio de expresión: la música el sonido, la pintura el color, la escultura las formas y volúmenes; la poesía no cuenta más que con un medio no nacido para la poesía: el lenguaje. El lenguaje es apto para la comunicación cotidiana, para la verborrea de la tertulia, para el tráfico mercantil, hasta para la desaforada propaganda electoral. Pero no para la expresión del mundo interior que, por naturaleza, es inefable. Cuando el poeta dice "olmo" no piensa en el olmo abstracto que define el diccionario, sino en ese olmo, concreto y único, y en la emoción que le ha producido la aparición milagrosa de unas hojas verdes; esta emoción, transfundida en poesía, pide otro milagro de la primavera para la amada que se muere. Es decir, el poeta ha de intentar en cada poema el "más difícil todavía", el transformar el vulgar lenguaje cotidiano en delicado instrumento que transmita lo sensorial y lo afectivo además de lo racional; ha de intentar decir "unas pocas palabras verdaderas". Como Bécquer, ha de luchar contra el "rebelde, mezquino idioma" y conseguir que las palabras inertes sean "suspiros y risas, colores y notas".

La obra de los grandes suele ser breve. El poeta torrencial llena de escoria sus versos. Suele ser breve porque al hombre sólo le interesan unas pocas cosas esenciales: el amor, la muerte, y el ignoto destino humano. Breve es, por eso, la obra de Garcilaso, la de Bécquer, la de Machado.

Por eso es breve la obra de Antero Jiménez. El libro que tengo entre mis manos se titula, con toda sencillez "Poemas Líricos" y tengo el honor de que en él figure la dedicatoria: "Al Catedrático de Literatura Don Alfonso Sancho. Afectuosamente".

Me honra esta dedicatoria, pero hoy, que he releído el libro, hubiera preferido que fuera dedicada "A mi amigo Alfonso Sancho". Porque amigo y próximo le he sentido a través de su obra y a través de su hijo Antero. Estoy seguro de que unos minutos de conversación habrían bastado para cimentar esta amistad. Sus ocupaciones y las mías fueron demorando un encuentro hasta que fue demasiado tarde. Sólo pude asistir al entierro de una amistad que no llegó a nacer.

En una ocasión, a través de Antero, me pidió el prólogo para un delicado estudio suyo sobre Almendros Aguilar, el poeta de Jódar al que he dedicado un extenso trabajo. Lo hice complacido pero, que yo sepa, no llegó a publicarse.

Este librito de Antero Jiménez está escrito en verso y en prosa pero, en verso y en prosa, es poesía. No oculta Antero, antes bien declara con modestia, sus devociones y sus influencias. La historia de la poesía es la historia de las influencias. Lo dijo Eugenio D'Ors: "en arte, lo que no es tradición es plagio". Y tradición, pero no plagio hay en Antero Jiménez. Por eso, su devoción por Juan Ramón Jiménez, tan explícita, es perceptible principalmente en su prosa. Luego lo veremos.

Yo no sé cómo se concibió, en este libro la estructura de la obra en verso, porque ningún poema está fechado, pero sospecho que siguió un orden cronológico. Muchos poetas, en la madurez, abominan de sus iniciales tanteos y los condenan al olvido. Hacen mal porque el poeta, salvo milagrosas excepciones, es la historia de sus titubeos, de sus fracasos, de sus tentativas hasta que encuentra su voz propia. Sospecho que

Antero fue consciente de su lucha por la expresión, de su progresivo dominio del verso y de la depuración de su estilo. Y tal vez por melancólico amor al hijo desvalido, al fruto no logrado, salvó de un tentador olvido el poema inmaduro. Gracias a ello, podemos hoy asistir a la evolución de su obra. Hay en sus poemas, que yo estimo primerizos, ecos de lecturas, lastre de retórica, poetas amados que le resuenan en el oído y se le encabritan en la pluma y, a medida que el poeta crece y su sensibilidad se depura, según se va exigiendo mas y más, va echando por la borda los ecos para escuchar su propia voz.

Así en los sonetos religiosos, correctos técnicamente, aparecen claras huellas de su amado Almendros Aguilar: "la turba impía", "fatal la profecía", "sobre el monte del Gólgota sangriento", " perdona a los que le han crucificado".

Sin embargo, aún en estos versos que estimo primerizos, no es difícil encontrar atisbos de su exquisita sensibilidad para el paisaje que luego desarrollaría.

Hasta que, de pronto, nos sobresalta la meditación en una tarde de estío que sólo un verdadero poeta puede sintetizar. Y esta sensibilidad nos lleva en "Pequeños poemas" por los caminos, tan caros a Machado que se le tornan negros y agoreros de tragedia. Ya tenemos al poeta sabiendo decir lo que quiere decir. El rebelde, mezquino idioma, se va tomando dúctil en sus manos.

Y aparece Juan Ramón como modelo, no como plagio en varios poemas: "La niña tonta",

"Crepúsculo", "Tarde de mayo", "Ojos verdes".

Cada vez con mayor seguridad, el progresivo dominio técnico le permite prescindir de la tiranía de la rima y del metro, su verso se adelgaza, abandona toda retórica visible y la expresión se hace más enjuta y limpia. Más que un cierto aire de familia, lo que siempre es inevitable, lo que Antero aprendió de Juan Ramón fue el afán por purificar la palabra, por identificar el nombre con lo nombrado, por crear con la sola palabra el mundo soñado o presentido. En este sentido es especialmente emotivo el poemita "Soledad sonora" indudablemente tomado de San Juan en el que parece que el poeta busca adrede la sencillez, una cierta humildad ermitaña y un ritmo de cancionero para comunicarnos su aproximación a Dios, tan frecuente, por otra parte, en su obra.

En ocasiones, el poeta parece intentar un saltó atrás, hacia la poesía de anécdota y argumento del siglo XIX. Pero es un puro espejismo porque lo descriptivo es sólo pretexto para la meditación interiorizada. La vana garrulería de Campoamor se convierte en Antero en "dolorido sentir". Tal es el caso de "Vino y sangre" o "La feria".

No es difícil espigar otras muchas poesías de calidad pero el tiempo corre y la prosa nos espera.

El poeta titula sus poemas en prosa "El Pipe y yo", y lo dedica, sin rebozos "A Juan Ramón Jiménez, la voz lírica más alta del siglo XX". En título y dedicatoria hay toda una promesa y Antero no nos defrauda. Al contrario, porque se arriesga mucho. No podría dejar pasar la ocasión sin

destacar una inicial afinidad con Antero en cuanto a Juan Ramón. Con el poeta onubense ha ocurrido algo no por sólo menos extraño. Porque es frecuente que un gran escritor, admirado, adulado, incluso elevado a los altares por la crítica y los lectores, inmediatamente después de su muerte, caigan en un periodo de silencio, desvíos, reticencias y aun rechazos. Con alguna excepción ilustre como Machado, Miguel Hernández, Lorca o Garcilaso. Por distintos motivos que nos llevaría muy lejos examinar, con Juan Ramón no ha ocurrido así. Porque pocos poetas en la historia de la lírica han sido tan admirados, tan seguidos, tan aireados por poetas eximios como los de la generación del 27 que le consideraban su maestro y guía. No sin alguna discrepancia y rebeldía. Pero así era. Pero muerto Juan Ramón, un velo de olvido demasiado largo se ha tendido sobre él y sobre su obra. Si algunos pensamos que era exagerada la idolatría, ahora consideramos que es injustificado el olvido. ¿Que ocurre?. Yo espero que la crítica, tan sabia como, con frecuencia, pedante no tarde tres siglos, como ocurrió con Góngora, en colocar a Juan Ramón donde merece. Se le podrá quitar la aureola, se le podrán criticar manías y soberbias insoportables pero nunca, nadie, le podrá negar lo que a Juan Ramón debe la poesía actual.

Así opinaba Antero y de ahí su devoción. He de limitarme a espigar algunos aspectos de su prosa que me parecen imprescindibles.

Escribir en prosa, aunque otra cosa pueda parecer, es enormemente difícil porque el escritor ha de prescindir de arrequives y alamares. Sin la apoyatura de la rima, del metro y otras arterias, el poeta sólo cuenta con el ritmo, mucho más irregular

y, por lo tanto, menos abrigado que el del verso. A cambio, ha de manejar el arte difícil de la adjetivación, la selección muy castigada de la palabra y la máxima precisión significativa y, cuando se consigue, surge el bellissimo poema inicial. “El rayo”. No podía empezar mejor ni mas juanramonianamente. Como “Serafinillo” o como “Corpus”. La sensibilidad para el paisaje que ya encontramos en algún poema, cobra aquí carácter de protagonista. Y sentimos que el modelo no esta con frecuencia tan lejos del émulo, como “El Parque” o el bellissimo “La piedra del camino”, que tanto hubiera complacido al maestro, o el emocionado “Responso a Juan Ramón”, del que no me resisto a reproducir un párrafo:

“Yo he visto tus cumbres empurpuradas en esas largas agonías del crepúsculo, los tristes atardeceres en el pueblo, cuando los niños se recogen medrosos y las mujeres rezan a sus muertos en los portales sin luz, la paz profunda de las siestas amarillas de agosto, el oro puro de las tardes de abril y la idílica melancolía de las lluvias”.

Cuando he hablado del paisaje en Antero temo haber dado la equivocada idea de que Antero Jiménez fue paisajista. No: Antero fue paisaje. Parece lo mismo pero ¡qué diferencia!. El paisajista ve el paisaje desde fuera, se emociona estéticamente y nos lo muestra. El resultado suele ser muy bello pera afectivamente irrelevante. Paisajistas fueron Pereda y Blasco Ibáñez. No así Miró, ni Azorín, ni Juan Ramón ni... Antero. Hacerse paisaje es meterse dentro de él, formar parte de él, cosificarse con amor cuasi panteísta. Antero no ve el paisaje, lo vive; toma el color ocre de la tierra, el crepitar del sol de estío sobre los campos resecos y

es estridor de grillo y resplandor de luciérnaga. Porque amaba al campo, se hizo campo él mismo; así:

.... “¡Las tórtolas...! Ahí están ya, desconfiadas y espantadizas, revolando aquí y allá sobre la blancura verde y fresca de los juncos, entrando después en vuelo silencioso, raudo y cortante, o bajando inocentes, terrosas y majas por la veredilla, hasta el agua limpia, en gracioso y elegante contoneo.

Yo las miro y las apunto... Y como no se van y hace tanto calor, dejo la escopeta, me hago el tonto y sigo leyendo... “El aguadero”.

Antero no podía disparar porque hubiera matado al paisaje: hubiera disparado contra sí mismo.

Pero el paisaje que es Antero, además de comunión con las cosas, necesita comunicación; no con imágenes, no con metáforas sino, en lección aprendida del maestro, con palabras que sean ellas mismas campo y paisaje. Y este es su secreto en el que no sé si se habrá reparado suficientemente: las palabras ciudadanas no le sirven; las palabras del común hablar le quedan estrechas y ajenas y acude a las palabras terruñeras y entrañables. Sería preciso un minucioso estudio de su lengua y de su léxico que desborda mis propósitos. Pero sí podemos espigar.

Cuando en “Los candilicos” consultamos al Diccionario, hallamos, una definición de técnica botánica que a Antero le habría parecido desangelada. Los candilicos son “morados, escondidos entre las anchas hojas verdes y

húmedas, ¡qué modestos resultan ls candilicos". Los candilicos son campo y Antero los ama. Como ama el "diñuelo" en que una muchacha sana tiende el esplendor de los trapos blancos. Porque el "diñuelo" es campo, es pueblo, su pueblo aunque los diccionarios lo ignoren. Como es un puro goce "la transminación del camino ancho y seco" en "Los campanilleros". Como es agudo el "traslocar" de Cuesta negra que Antero se inventa o rescata del hondón del habla popular.

Sólo son unos ejemplos, entre tantos posibles, de la fabulosa capacidad de hablista de Antero Jiménez que, siendo pueblo, del pueblo saca palabras soterrañas y bellas para el que tenga capacidad de saboreo. Si la etimología auroral de "poeta" es la de creador, Antero fue poeta eminente porque creó palabras o las rescató; porque creó paisaje en el que para siempre está fundido; porque creó belleza.

Adiós amigo al que no llegué a conocer.
Sé que te gustaría la despedida de Machado a otro amigo muerto:

"Y tú, sin sombra ya, duermes
reposa, larga paz a tus huesos.
Definitivamente, duermes un
sueño tranquilo y verdadero".

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Antero Jiménez Sánchez, estudió el bachillerato en el instituto de Jaén y la carrera de Derecho y parte de la de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada. De amplios conocimientos humanísticos, se ha dedicado siempre a la enseñanza, habiendo sido profesor auxiliar de los Ciclos Lengua y Literatura y Geografía e Historia en el Instituto de Torredonjimeno.

Es hombre reconcentrado, amante de la soledad y de fuerte temperamento poético, de una receptividad casi enfermiza. La enseñanza, la lectura y la poesía son las tres grandes pasiones de su vida, llegando a hacer un culto de la belleza.

A los doce años ya escribe versos que recoge en su libro titulado "Cosas de mi Lira" cuyo contenido delata ya al buen versificador, aunque las poesías sean un tanto ingenuas, poesías de una juventud demasiado temprana, pero que tienen el mérito de la perfecta metrificación y que contienen el embrión, la promesa de un mayor logro. Estas primeras poesías son reflejos de las primeras lecturas del poeta: Espronceda, Campoamor y Zorrilla.

Pronto Antero Jiménez cambia de rumbo, apuntando ya hacia una tierna y melancólica nebulosidad, e inaugura una segunda época que perfila la verdadera personalidad de Jiménez,

influenciada principalmente por Bécquer, y en esta época publica poesías en periódicos y varias revistas de la provincia.

Todavía podemos apreciar en el poeta de Torredelcampo una tercera época en la que sienta, por fin, su temperamento lírico.

Ha leído con entusiasmo la producción poética de Juan Ramón Jiménez y ha hecho, ya para siempre, su norte y su guía del poeta de Moguer. En esta tercera época se va depurando hasta alcanzar la perfección lírica, pero sin conceder ningún deje siquiera a los ismos modernos.

Antero Jiménez, en esta época nos presenta una nueva modalidad, la prosa poética, inspirada en el libro de Juan Ramón Jiménez "Platero y Yo", prosa más lírica que sus propios versos.

No cultiva Antero Jiménez el poema largo, signo que su inspiración se vacía siempre en composiciones comprimidas, sin regodeos ni divagaciones inútiles, tendiendo siempre a la expresión máxima con el menor número de palabras, y empleando una adjetivación precisa y elegante al mismo tiempo:

Tras los focos brillantes
vuelan mariposas negras

Otro ejemplo de concisión y adjetivación perfecta se ve en estos o tros versos:

Ibas como soñando
sobre mi hombro echada,

la tarde se moría
tras de los montes malvas...
Me decías no sé qué
-perdida la mirada-
en un dulce e infinito
sueño de cosas altas...

.....
Venías como soñando
sobre mi hombro echada,
fría y febril, temblando de imposibles
en la pureza de la noche clara.

No tiene Antero Jiménez sus poesías ordenadas y recogidas en un libro, sino desperdigadas en revistas y periódicos: "Advinge", "Alver de Olivo", diario "Jaén", o colaborando con otros poetas en una serie de Antologías publicadas en Madrid y en Barcelona: "Rumbos": Antologías 1949, 1950, 1951 y 1952, pero en la actualidad prepara una edición completa de sus poesías y de sus poemas en prosa.

El amor al paisaje, a la soledad del campo es la nota dominante de Antero Jiménez.

El periodista de "Jaén", Moreno Bravo dice del poeta: "Nuestro hombre escribe recreándose en el ambiente encalmado, en la serenidad casi litúrgica de nuestros campos":

Mira que paz, despierta,
sólo un carro chillón suena en la siesta.

Es Antero Jiménez el poeta de nuestro campo, poeta de atardeceres en la campiña y en la ribera, viendo volar las palomas hacia los

campaniles aldeanos:

El cielo -como Kant- sobre mi frente
y con la ley moral en mi conciencia,
con un libro en la mano
me he dormido en la huerta...
El sol lo fríe todo
en la sartén inmensa de la siesta
y todo es amarillo
menos las verdes ramas de la higuera.
Un vientecillo flojo, desmayado,
que hace vibrar las hojas, me despierta.
¡ Qué paz augusta siento
sintiendo a Dios tan cerca... !
y el cielo -como Kant- sobre mi frente
y con la ley moral en mi conciencia.

En derredor de él, sigue diciendo Moreno
Bravo, nuestro paisaje, nuestros atardeceres,
nuestras lejanías...:

Cruzan allá las esquilas
por el monte verdinegro,
y una paz, dulce y suave
va de esmeralda tiñendo
los caminos del presente
y el ángelus del recuerdo.

Nuestro poeta dialoga bajo los frutales en su
huerto escondido como el de un místico, y se
extasía, dulce y blandamente, en los retornos
fugaces a su solar.

En la Antología poética de Antero Jiménez,
que hemos leído, queda su nombre, entre los líricos
jiennenses.

La paz serena y melancólica del poeta se impregna a veces de un pasajero pesimismo, como en este poema:

¡Ay qué triste es esperar
cuando no se espera nada...!
cuando el día que anhelamos
es igual al día que pasa...
y por todos los caminos
está de regreso el alma,
sin una meta ni un norte
en qué fijar la mirada.
Todo en la vida algo espera
con qué saciar la esperanza...
Espera la novia al día
de su boda, ilusionada.
Espera su nido el ave
ver terminado en la rama.
Espera el gañán cantando...
y el pastor en la majada,
y el pescador en el río...
y el padre espera con ansia
la vuelta del "hijo pródigo"
que se marchó de la casa...
...Y el día espera a la noche
y la noche espera al alba
y el alba al beso del sol
cálido de la mañana.
Tras la fatiga el reposo...
Después del dolor la calma...
solo yo voy por la vida
sin norte y sin esperanza,
-nada delante del pecho...
todo detrás de la espalda-.
¡Ay qué triste es esperar

cuando no se espera nada!

En el arpa lírica de Antero Jiménez no podía faltar la cuerda religiosa, estando aquí, quizá, lo más maduro y conseguido del poeta, que sigue la tradición de la mayoría de nuestros líricos, desde Berceo a Unamuno. Tiene una trilogía de sonetos "A Jesús Crucificado" de buena inspiración.

Entre los sonetos no religiosos merece especial mención el "Soneto a Cambil", en donde pinta magistralmente el típico pueblecito serrano.

De esta última época son los depurados poemas "Romance a Pinito del Oro" que figura en la trilogía de dicha artista, y "Duérmete" pleno de melancólica ternura.

Ya dijimos que la verdadera personalidad poética de Antero Jiménez no está en sus versos sino en sus poemas líricos en prosa, en los que sigue el camino de "Platero y Yo" de Juan Ramón Jiménez. Son poemas cortos en los que el poeta describe recuerdos, paisajes y personas con cautivadora sencillez y esfumante belleza.

LAUREANO MELA ESPINOSA
Presidente de la AHE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

No es nada fácil escribir un prólogo para un libro. Mucho menos cuando ese libro que vas a prologar es una criatura a la que te une “consanguinidad” y como consecuencia un doble amor que nace de dos pasiones convergentes: la, tal vez exagerada, admiración al padre, y la, no menos extrema, admiración al poeta. Estas premisas, de las que indefectiblemente no puedo salvarme, hacen imposible mi objetividad.

En efecto escribir de Antero Jiménez Sánchez supone hablar apasionadamente del hombre al que más he admirado, como ser humano, como padre y como poeta.

Prologar a mi padre, sólo puede ser un intento de imitarle, de intentar ser como él fue, de sacar de mí mismo algunas de aquellas cosas que aprendí en su cercanía. Así era mi padre:

... Presente lo tengo...

En una tarde gris de enero, sin esperar al regreso de las mariposas verdinegras, se fue Antero Jiménez, el Poeta de Torredelcampo. Se fue silencioso, quedo, sin querer despertar a los pájaros. Se fue, como se fueron sus rosas rosas. Se fue con la puesta de sol y “cuando la tarde se

moría tras los montes malvas”. Se fue al encuentro de sus ojos verdes:

“Cuando todos los caminos
pinten la noche de negro,
sólo habrá unos ojos verdes
dentro de mi pensamiento:
¡Qué serán luz que me guíen
a lo largo del sendero!”

... Y se fue en invierno sin esperar a la primavera. ¡Cómo se conocían la primavera y él!...

... Se arrullaban en los crepúsculos, en los atardeceres, en las siestas amarillas, en las noches de luna y en los días de sol... Hablaba con las rosas y con los lirios, con las margaritas y las amapolas, y con los almendros cargados de sol y de nieve... Traducía el canto del grillo, el trino de los gorriones, y ese ruido de brisas, que esculcan los matorrales, para dar fragancias de tomillo, juncos, hinojos y romeros...

¡No!..., no se habría ido en primavera..., por eso no la esperó.

Sé que se fue a su Cielo a sentir más cerca a Dios:

“Qué paz augusta siento
sintiendo a Dios tan cerca...
y al cielo, como Kant, sobre mi frente,
y con la ley moral en mi conciencia”

... Así fue mi padre...

En esta segunda edición de Poemas Líricos, hemos querido incluir todo lo inédito que nos legó. Esa es la razón de ser del tercer libro de esta obra. En él recogemos sus “Micropoemas con un Toque de Humor”. Son pequeños poemas – a modo de greguerías –, en los que el poeta ensaya su gran capacidad de observación del mundo que le rodea y lo filtra a través de un fino humor, dándonos una visión subjetiva y lírica de su propio universo.

En cada micropoema – como él llamaba a esta especie de composición corta – Antero Jiménez, con muy pocas palabras es capaz de resumir toda una concepción filosófica. Su propia filosofía. Sus temores que son sus propios amores, ya que el miedo y el amor no se contradicen. Amaba y temía la soledad:

“Nada taladra el corazón como esa triste soledad de las farolas encendidas bajo la lluvia de la madrugada”.

“Los cipreses de los cementerios son como la verticalidad contradictoria de sus muertos horizontales”.

“Hay una tristeza gris de despedida en los andenes desiertos de las estaciones.”

O contienen los misterios universales, que por mucho que la ciencia se empeñe en desvelar, guardan el enigma de lo inabarcable por el cerebro

humano. Así, podremos conocer de forma científica el origen del universo, sus grandes distancias, su maravillosa asimetría, pero jamás, ese universo podrá caber en lo limitado de nuestra conciencia. Podremos construir modelos del micro y del macrocosmos, resolver con ecuaciones complejas cada uno de sus parámetros, pero nunca, nunca lo abarcaremos con este alma humana prisionera de las fronteras de nuestro propio cuerpo. Estos pensamientos se desvelan en algunos de sus micropoemas, expresando su gran admiración por la obra de las obras, el Universo:

“Las distancias que guardan entre sí las estrellas forman los poros del Universo”.

“¿No habrá un anzuelo para pescar, en el río, el redondo pez de la luna?”

“¡Cuál será la distancia que existe, desde las estrellas reflejadas en el lago, hasta la superficie!”

El tiempo es la mayor limitación a la que estamos sometidos todos los seres de la creación y pesa, como una gran losa, sobre la especie humana. Ser conscientes del tiempo es, tal vez, una de las mayores fuentes de sufrimiento del hombre. También, nuestro poeta se siente aprisionado por ese dios mitológico, por Cronos que martiriza a los hombres con los caprichos del Olimpo:

“¿Cuándo encontrará el reloj esa hora que tan constante y pacientemente busca?. El día que la encuentre se parará definitivamente y para siempre,

y su cuerda, libre del tormento, explotará con una explosión sorda y vengativa de final de mundo”.

“Cada vez que pensamos en la muerte, damos un salto de trampolín a la vida... ¡Consolador y saludable salto, que nos hace ingravidos e inmatrimoniales...”

Posiblemente hoy, la propia mujer se ha desmitificado al intentar parecerse al hombre. Su caída ha sido estrepitosa. Se ha roto, seguramente para siempre, el pedestal que la sostenía en la profunda veneración que inspiraba a los poetas. Se ha roto el misterio y con él la poesía. Afortunadamente, Antero Jiménez no ha asistido a esa caída del mito y por ello pudo hacer poesía de la belleza y el misterio de las mujeres:

“No se ha interpuesto aún la querrela contra esos criminales que cortan las piernas mejor formadas de las mujeres, y las exponen con medias de nylon en los escaparates”.

“Las manos de la mujer son terriblemente divinas, los pies terriblemente humanos”.

“Las señoritas llevan las medias más estiradas que las señoras para dar a entender que tienen también la piel más lisa”.

“Antero fue paisaje” – dice de él, el que fue mi buen amigo, mi profesor y compañero, Alfonso Sancho, y continúa – “Hacerse paisaje es meterse dentro de él, formar parte de él, cosificarse con

amor cuasi panteísta. Antero no ve el paisaje, lo vive; toma el color ocre de la tierra, el crepitar del sol de estío sobre los campos reseco y es estridor de grillo y resplandor de luciérnaga. Porque amaba al campo, se hizo campo él mismo”.

Alfonso Sancho, el profesor de literatura de Jaén, el profesor por antonomasia, da en el clavo al hacer esta afirmación; ya que el paisaje, como apuntaba el maestro, conformaba la propia personalidad del poeta. Cuando alguien me ha preguntado por mi padre, yo siempre he dicho que él era poesía, que no era poeta porque escribiera versos, sino que la poesía estaba en su propia naturaleza, en su forma de vivir, en sus concepciones. Yo que he tenido el privilegio de conocerlo muy bien, de heredar algunas de sus sensibilidades, sé que su modo de ver la vida era muy distinta al común denominador de los mortales. Él lo sabía también y por ello siempre tuvo la sensación de sentirse extraño:

“Mucha gente del pueblo me dice a mí, el poeta, el tonto...

Puede que la gente lleve razón, y que todos los poetas seamos unos tontos”.

Es la sensación de alguien que se siente distinto y lo confiesa abiertamente. Se mimetizó con la naturaleza convirtiéndose a su vez, en montes malvas, en piedras del camino, en los mismos paisajes de los que se nutrió: “El Barranco”, “la cimbra del Rabanero”, “Zorrilla”, “Lamperes”, “El Romeral”... Decía que le gustaba la caza, pero no cazaba... De nuevo, Alfonso Sancho encuentra la clave a esa aparente contradicción: “Antero no

podía disparar porque hubiera matado al paisaje: hubiera disparado contra sí mismo”.

...No. No era la caza lo que le gustaba, la caza era su excusa para mezclarse con el paisaje, para poder contemplar a todos los animales en su medio natural, para vivir con ellos y cerca de ellos. Fruto de estas cercanías son, prácticamente, todas sus producciones literarias, y, de esta cercanía, que lo convierte en observador privilegiado, surgen la gran mayoría de sus micropoemas dedicados al paisaje y a los animales, a todos, grandes y chicos, vertebrados o invertebrados, domésticos o salvajes:

“Cuelga la primavera, como un ejecutado, de esos patíbulos que forman las ramas perpendiculares a los troncos erectos de los árboles floridos”.

“La luna se lava la cabeza en el mar y se riza el pelo con las tenacillas de las olas”.

“Son las tres de la madrugada. Los tempraneros cazadores, con los faros de los automóviles y de las motocicletas, taladran la noche del paraje.

Los conejos, tras unos chaparros bajos, juegan al julepe, confiados. Un vigía monta la guardia en lo más alto y otea la carretera del Arroyo.

Los cazadores van bajando de los vehículos y se van colocando en los puestos de tiro.

En la noche oscura, suena un grito agudo del centinela:

- ¡Alerta!.

- ¿Quién? - dicen a coro los jugadores.

- El Moreno Carrasco.

Los conejos abandonan la partida y se esconden raudos en sus madrigueras.

Son las siete de la mañana. Los cazadores han abandonado sus puestos, y, el silencio, torna a los conejos a reanudar la partida.

Pica el sol, que es de oro puro, un cazador retardado avanza hacia el cerrillo, con el paso tardo y cansino de sus muletas.

De nuevo el grito del centinela y de nuevo el “¿Quién es?” de los conejos.

- Es don Antero con su escopeta de veinte mil duros y su lujosa funda de cuero.

Los conejos no se conmueven, y una voz grita:
¡Echa cartas!”.

“Las zarzadoras del Cerrillo de "Los Conejos" esconde, al anochecer, pájaros negros que nadie ha visto”.

“Los murciélagos en el suelo parecen ratones que se arrojaron con paracaídas”.

“Los cuervos son los lazos negros que pone el campo a las caballerías putrefactas”.

En esta segunda edición, hemos incluido, además de los Micropoemas, dos nuevos poemas, uno en verso, “El cerro Miguelico” y otro en prosa, “El cante de Juanito Valderrama”

Antero Jiménez Antonio

A mis hijos:
Dolores, Antero y Felipe
con amor profundo

El Autor

LIBRO PRIMERO

**POEMAS EN
VERSO**

DUÉRMETE

Duérmete, mi nena
y cierra tus ojos
cargados de siesta.
Pero...no... no duermas...
que así me parece
que estás muerta.
-Ángeles azules
traerán pronto a la tarde
sobre alas de oro... -
Despierta.
Ya se siente el ángelus...
Pureza
infinita... En la noche
un perro
ladra a la belleza...
¿Se cierran tus ojos...?
Duérmete, mi nena.
Sueña
con jardines de ángeles
y parques de estrellas.

LA ELEGÍA DE ESPERA

¡Ay qué triste es esperar
cuando no se espera nada...!
Cuando el día que anhelamos
es igual al día que pasa...
y por todos los caminos
está de regreso el alma...,
sin una meta ni un norte
en qué fijar la mirada.

Todo, en la vida, algo espera
con qué saciar su esperanza...

Espera la novia el día
de su boda, ilusionada.
Espera su nido, el ave,
ver terminado, en la rama.
Espera el gañán cantando
y el pastor en la majada
y el pescador en el río...,
y el padre espera, con ansia,

la vuelta del hijo pródigo
que se marchó de la casa...
...Y el día espera a la noche
y la noche espera al alba,
y el alba al beso del sol
y al canto de la alborada.

Tras la fatiga, el reposo...
Después del dolor, la calma...

Solo yo voy por la vida
sin norte... y sin esperanza...
-nada delante del pecho...,
todo detrás de la espalda...-.
¡ Ay qué triste es esperar
cuando no se espera nada...!

JESÚS PRESO

Ya está preso Jesús. La turba impía
que hoy proclama su muerte enfurecida,
hipócrita, cobarde y fementida,
es la que ayer, con palmas, le aplaudía.

¡Jerusalén, Jerusalén... que un día
has de pagar tu crimen de deicida
cumpliéndose fatal la profecía
inexorable en tu mortal caída...!

Aléjate del Templo profanado,
que ya de Judas la traición terrible
en las lacras del mal se ha fecundado,

que ya está escrita la sentencia horrible:
Preso Jesús, va a ser crucificado
por tu infame maldad aborrecible.

A CRISTO EN LA CRUZ

Está la Cruz impávida y serena
sobre el monte del Gólgota sangriento.
El "consumatum est" flota en el viento
con un temblor de lacerante pena...

El paisaje de rocas y de arena
se estremece de horror en su cimiento,
y se cubre de sombra el firmamento
y ya de negro crespón todo lo llena...

...Ha doblado ya el Cristo la cabeza
sobre el pecho... ya todo ha terminado...
Y en silencio de trágica belleza

contempla Dios al Hijo idolatrado
que en delirio de amor y de grandeza
perdona a los que le han crucificado.

JESÚS CRUCIFICADO

Cuando, Jesús divino, así os veo
clavado en esa Cruz por mis pecados,
con el rostro y el pecho ensangrentados
como el más vil y miserable reo,

en mis carnes, Jesús, sentirme creo
los clavos de tus pies amoratados,
el agudo dolor de tus costados...
y es de morir sufriendo mi deseo.

...Es tanta mi amargura, Jesús mío,
que no sabiendo cómo consolarte,
en tu piedad sin límites confío...

que mi amor no se sacia con besarte
...y en mi rendido y loco desvarío
ganas me dan, Jesús, de desclavarte.

VED A JESÚS

Ved a Jesús, el hombre dolorido
sostener resistente el vil Madero.
Vedle ahora marchar sobre el sendero
con la sien traspasada, el pecho herido.

Ved cual le sigue el pueblo compungido
para hacerle el dolor más llevadero,
y oír como recita el pregonero,
la sentencia de muerte, enardecido.

Ved le en la Cruz impávido y sereno
perdonar con amor sus malhechores
al morir mayestático y sublime

...y una mujer que llora sus dolores
en tanto que en el cielo ruge un trueno
y en la tierra el hombre se redime.

CAMBIL

Como nido de águilas caído
entre peñas que, bravas, lo rodean
está Cambil, la pintoresca aldea
al pie del Almadén, como dormido.

Un paisaje agreste y escondido
de montaraz belleza lo corea
y la huerta, vergel enflorado,
lo fecunda, lo enriquece y hermosea.

...Cuando en las tardes lentas del estío
se va dejando el sol tras la bravura
de la Pandera, en sombra el caserío,

parece que Cambil se transfigura...
y que bajo sus puentes llora el río
la idílica canción de su hermosura.

PROCESIÓN DEL CORPUS

Sale la procesión. El pueblo entero
va entre cohetes, músicas y flores.
Bajo el palio, el Amor de los Amores,
el sacerdote lleva prisionero.

La Custodia a lo largo del sendero
arranca al sol divinos resplandores
en la mañana de sabor campero
que le presta los juncos y las flores.

Sobre un suelo de juncias olorosas,
la Custodia se muestra ante los ojos
como fanal de refulgente oro...

y mientras los balcones llueven rosas
y al palio cubren los claveles rojos,
canta un himno de amor el pueblo, a coro.

A CRUZ RUEDA

Dechado de virtud sana y austera.
Numen de portentosa inteligencia;
de amplia erudición, profunda ciencia
en ver e investigar siempre certera,

De Menéndez Pelayo la manera
de sacar de las Gestas bella esencia.
Amplia labor de estudio y experiencia,
tu gran Cruz realizaste la quimera

despolvando del Cid la gran figura
de los Códices, viejos medievales;
y en un bello decir sin desaliños,

-el capullo mejor de tus rosales-
intentas y consigues la locura
de contar nuestras Gestas a los niños.

A CONCEPCIÓN PALACÍN PALACIOS

POETISA DE LA TIERRA DEL SOL

Concepción Palacín, tú eres cantora
alondra y ruiseñor de Andalucía,
la tierra del dolor y la alegría,
que cuando canta, en sus canciones llora.

De la tierra del sol musa canora,
extraes de su fondo la elegía
para orquestar la doble sinfonía
de tu verso y tu prosa más sonora.

De esta tierra fatal y senequista
tú sacas el dolor más escondido...
-no lo de cascabel y pandereta-.

...Por eso en estos versos yo te pido
que aceptes hoy mi doble simpatía
mujer, por ser mujer y ser poeta.

A DON ANTONIO PALMA

*Como recuerdo de mi estancia
en la clínica "La Inmaculada"*

Paladín de la noble cirugía,
mago del bisturí que el hueso sana
trabajando de tarde y de mañana
por trocar el dolor en alegría.

Con buen humor y sana simpatía,
sin vana ostentación de ciencia vana,
despierta en el enfermo una energía
y un impulso de vida soberana.

Confiado en su firme y diestra mano,
compone y descompone en el quirófano
el armazón del esqueleto humano...

...y es hijo de un notable cirujano,
que además de famoso en cirugía
fue de Jaén ilustre ciudadano.

COMO KANT

El cielo, como Kant, sobre mi frente,
y con la ley moral en mi conciencia,
con un libro en la mano
me he dormido en la huerta.
El sol lo fríe todo
en la sartén de fuego de la siesta,
y todo es amarillo
menos las verdes ramas de la higuera.
Un vientecillo flojo, desmayado,
que hace vibrar las hojas, me despierta.
Qué paz augusta siento
sintiendo a Dios tan cerca...
y al cielo, como Kant, sobre mi frente,
y con la ley moral en mi conciencia.

ROMANCE A PINITO DEL ORO

El rueda espera a "Pinito"
del Oro, con impaciencia...
y una ovación delirante,
redonda y cerrada, atruena
todo el circo enardecido
saludando su presencia.
Escultural y triunfante,
mayestática y serena,
en el centro de la pista
parece una diosa griega.
...Y se despoja del manto...
mira el trapecio, que espera
-patíbulo de la fama-
las serpientes de sus piernas.
La diosa de vida y muerte
sube la escala risueña
para agotar el trapecio
en alardes de destreza,
para sentarse en la barra
y, arrojando sus peinetas,
hacer honor a su nombre
de pies y de manos suelta.

...Tras los focos brillantes.
vuelan mariposas negras...
y hay escozores de muerte...
y temblores de impaciencia...

respiración contenida...
miradas que se descuelgan
de las barras del trapecio
y se hunden en la tierra...
"Pinito" baja radiante
de soberana belleza
mientras la música rompe
el metal de sus trompetas.
¡Y las manos son tambores
que saludan a la reina!

PEQUEÑOS POEMAS

I

¿A dónde vais caminos de la noche?
¿A dónde vais tan negros...?
Si vais buscando mi alma dolorida
no la encontraréis... Volveros.
No os acerquéis a mí
negros caminos...
porque ya no la tengo.

II

Mira que la tarde se va...
abrígame contra tu pecho,
Qué frías son las estrellas,
qué frío es ese azul negro...,
qué frío es el corte de la luna...
¡Abrígame contra tu pecho...!

III

Con la mano
te tapabas la boca,
y con los dedos de marfil jugabas
con tu sonrisa loca...

Era puro el momento de la tarde
y más divina el alma de las cosas...
...Mas tú -cruel- de espalda a la belleza
de aquella tarde, te reías loca...

PREGÓN DE LA ROMERÍA DE SANTA ANA

ENTRE OLIVOS Y TOMILLOS

I

Entre olivos y tomillos,
almoradux y romero,
cargado de vino y coplas,
hacia la ermita del cerro
de su Patrona bendita,
va el pueblo torrecampeño.
Las mozas ponen canciones
en lo largo del sendero...
y los mozos, sobre mulas
o en borricos caballeros,
adornados con ramajes
puestos sobre los sombreros,
llevando a la bandolera

botas de luciente cuero,
cantan también sus plegarias
a la Patrona del pueblo.

II

Alrededor de la ermita,
por el monte verdinegro
vibra y canta, bebe y reza
el fervor de cinco pueblos,
los que la Abuela protege
como hijos predilectos.

III

Pintorescos puestecillos
de vino, agua, refrescos,
gaseosas y cerveza,
pollos, borregos, conejos,
cintas, flores, baratijas,
helados y caramelos,
exornan de mil colores
el verde oscuro del cerro.
Cada olivo es una fiesta,
cada encina un merendero,
cada cabeza un jardín

y un estador cada pecho.

IV

Después de la algarabía
se ha hecho de golpe el silencio:

La procesión, precedida
de interminable cortejo,
sale al campo.

Rasga el viento
el Himno de la Patrona,
el que dos torrecampeños
Juan Chica y Pedro Pancorbo
bellamente compusieron.
Se encierra la procesión
cuando el sol va trasponiendo...
Santa Ana en su ermita, sola,
ha quedado sonriendo.

EL CERRO MIGUELICO

I

El cerro de “Miguelico”
se ha puesto un vestido nuevo.
Tomillo y almoradux,
madreselvas y cantuesos,
mejoranas y amapolas,
cubren su cuerpo moreno,
verde manto que parece
cubrirle, visto de lejos...
que en la mañana de mayo
diríase de terciopelo.

II

Un lunar blanco – la Ermita -
tiene el monte verdinegro
que se va haciendo de oro
puro, en el sol mañanero.

III

Por el aire de cristal
sube el repique del pueblo,
y la cuesta del camino
lentamente va subiendo
canciones en las gargantas
y estadales en los pechos
rojos, azules y verdes –
fervorosos los romeros.

IV

¡Viva Santa Ana bendita!
¡Viva la agüela del cerro!
Viva la Patrona... Viva...
lánguido devuelve el eco...

V

Vino, fe, color, canciones
- entusiasmo verbenero -
La explanada de la Ermita
va reuniendo a cuatro pueblos:
“Torrecampo”, Jamilena,
Martos, Torredonjimeno,
que se esparcen por familias
en el monte verdinegro.

Cachivaches, ventorrillos,
gaseosas y refrescos,
vino, avellanas, tostados,
estadales, caramelos...
hacen el gozo de niños,
de mozalbetes y viejos.

VI

Pesa el sol de plomo. Siesta.
Suenan las vísperas lejos...
Huele a derretida jara...
Somnolencia. Desperezos
... y pronto la procesión
que ordenará en doble fila
el fervor de cuatro pueblos.

VII

¡Viva Santa Ana bendita!
¡Viva la agüela del cerro!
Viva la Patrona... Viva...
lánguido devuelve el eco...

VIII

La Niña de Santa Ana

tiene en su mano un lucero
flor de candentes amores
del pueblo torrecampeño.

.....

... Por las cuestas empinadas
desciende el pueblo en silencio.

LUZ BLANCA

Siempre que me he sentado en tu butaca
malucho por la fiebre,
al lado del balcón de mis suspiros,
he levantado siempre la persiana
para mirar al cielo.

Siempre la misma estrella
ha dejado su luz sobre mi cara,
haciéndome más muerto
porque la muerte en el amor es blanca.

Tú te acercabas de puntillas
como otra estrella que no habla;
¡la muerte siempre calla!
Y como todo era silencio,
pues todo se mecía en tu butaca.

Vinieron muchas, muchas luces;
sonaron muchos, muchos cantos;
abrí los ojos, y sentí sobre mi frente
tus blancas manos.

Te contemplé hechizado,
rezando de rodillas en voz muy queda;
con ansia te miré...
busqué tus ojos,
te vi llorando.

Se apagaron las luces.
Se apagaron los cantos.
Todo, despertó a la armonía;
y cantó el tranvía;
y en un coche con muchos cascabeles,
se paseó la alegría;
y tú también cantabas,
pero con tanto ruido no te oía
y con tanta luz, no te veía.

Luego el día creció y se hizo adulto
y todo se hizo viejo.

Murió lo que nació por la mañana;
a tu lado tan sólo yo no estaba muerto
porque miraba tu butaca,
que el ruido, y la luz vistió de luto,
y el negro de la noche, la hizo blanca.

LA NIÑA TONTA

No estaba la niña tonta
como la gente decía...
La niña tenía tristeza
de pan... de besos... de vida...
Y lo decía la gente...
pero la gente mentía.
Al acabar de una tarde,
la luz cenicienta y fría,
en una caja muy blanca,
con la luz, se fue la niña...
Y lo dicen las campanas
con alegre melodía:
¡Ya no está la niña triste...!
¡Dios le da pan... besos... vida...!

CARNAVAL

I

Rostros pintarrajeados.
comparsas y estudiantinas.
Confites y papelillos.
Serpentinas.
Gigantes de cartón,
y proyectiles que aporrear,
de naranja o de limón.

II

-¿Me conoces?
-Te conozco.
- ¡No me conoces guasón!
-¡A que sí!
- ¡A que no!

... ¿Por qué vas tan alegre y dicharachero?

-Porque mi vida es triste,
...pues soy el sepulturero.
-y este que ves
con el bonete negro del revés
y el traje de penado...
-calla y no seas pesado,
soy el juez.

- Y ese que va a su dama tan cogido,
ese es un solterón empedernido;
y ella, bien disfrazada,
va con la flor de azahar de desposada.
Pues mira aquéllos. ¡Visten de mendigos!
y son dos ricachones conocidos.

Y aquél que porta el traje militar,
en la guerra de Cuba,
fue tanta su bravura
¡que ascendió de Teniente a Sub-Oficial!

III

-Eres un criticón, sepulturero.
-¿Qué soy un criticón...?
Pues escucha la amarga filosofía
que se encierra en mi pala y en mi azadón! :

Por mi mala suerte,
llevo muchos años de enterrar la muerte.
¡Única verdad!
Conozco a los hombres,
y en el cementerio, nunca es carnaval.

IV

Papelillos, serpentinas,
bambalinas.
¡Carnaval! ¡Carnaval!
sólo en tus días se muestra
¡cómo es, la Humanidad!

LA ESPIGA, LA VID Y LA AMAPOLA

(Troba del Corpus Cristo)

*"En el nombre del Padre que fiso toda cosa
y de Don Xesucristo fijo de la Gloriosa
y del Espiritu Santo que iguual de ellos posa
en román paladino quiero fer una prosa.
Quiero fer una prosa en román paladino
en el cual suele el pueblo fablar con su vecino
ca non so tan letrado por fer otro latino.
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino".*

Berceo

Te invoco con respeto, Gonzalo de Berceo
porque salga mi trova conforme a mi deseo.
Que salga bien derecho mi canto peregrino
y merezca, por ello, un gran vaso de vino.
Corpus Christi en el año es un día de oro,
del día de Jueves Santo el reflejo sonoro.
Por cantarlo quisiera ser rui señor canoro
y de la santa gracia poseer el tesoro.

Amarillean el campo las erectas espigas
y las pámpanas verdes de racimos prendidas.

Las rojas amapolas dan al campo color,
las umbrosas fontanas les prestan su frescor.
El racimo y la espiga, sangre y cuerpo de Cristo.
La amapola holocausto de su amor infinito.

... Se dispersa el rebaño que guardaba el Pastor,
y Este, para juntarlo, silba silbos de amor.
Pocas ovejas vienen a su silbo amoroso...
El Pastor ha quedado pensante y silencioso.
Mira al Cielo y al Padre ha invocado anheloso...
Una luz refulgente ha iluminado el prado
y todo el Universo ha quedado parado...

... ¡Vino y pan en la Cena, víspera de pasión!
¡Amapolas de sangre, de muerte y redención!
Os igualo en la muerte con la amapola roja...
Con la vid y la espiga os doy vida gloriosa.

SIGUE SIENDO BUENO

A mi madre

I

Tengo en la memoria
un triste recuerdo
de una fecha que nunca se olvida
por más que galope el corcel incansable del tiempo.
Fue un día como hoy
cuando el bronce de tristes campanas,
-heridas de muerte-, tocaron a muerto.

II

Recuerdo una alcoba...
Recuerdo un silencio...
y el entrar y salir de la gente
con pasos muy quedos.
¡Y recuerdo a mi madre abatida
con el alma partida de duelo!

¡dolorosa, triste!
arrojarse al lecho,
en el ansia horrorosa y sublime
del último beso.

III

¡ Ay cómo dijo' con gran entereza:
Ya ha muerto tu padre, no llores
sigue siendo, bueno...!
Y al hablar, la cabeza, mi madre
doblóla en mi pecho,
y yo la besaba,
a medida que el llanto copioso
de mis tristes ojos, regaba su pelo.

IV

Pasaron las horas
y muy de mañana lleváronse al muerto,
quedando en la casa
un inmenso dolor y un murmullo
de llantos y rezos.

Una muchedumbre y a hombros el féretro
desfiló silenciosa y sombría

hasta él cementerio.

V

Hoy me encuentro solo
muy lejos del pueblo
donde las campanas, heridas de muerte,
doblaron a muerto.

Pero sólo el pensar me consuela
que cerca o que lejos,
es igual la distancia que existe
de todos los sitios de la Tierra al Cielo.

No lo olvido nunca;
presentes las tengo
las palabras que oí de mi madre
en el borde del fúnebre lecho:
-¡Ya no tienes padre, hijo mío.
En la lucha sin par con la vida
sigue siendo bueno!

ROMANCE DE TANO EL CIEGO

I

Yo soy Tano, el alegre...
el feliz y el dichoso de otro tiempo...
quien por una mujer liviana, artera
infiel y criminal, así me encuentro:
Roto y abandonado,
sin vista, enfermo y viejo
sin más fortuna y sin más cariño
que este violín, mi único consuelo.

Un día muy lejano...
(no importa aquí el lugar, ni importa el tiempo)
en la reja me hacía
una mujer, de amor el juramento...
y desde aquella noche,
que nunca olvidaré porque... no puedo...
la moza fue mi vida,
mi alma, mi ilusión, mi amor, mi anhelo...
y unos años más tarde
esposa, ante el altar, la hice contento.

Mas ¡ay! ¿qué observé en ella...?
El corazón roíame los celos,
y para cerciorarme
de aquel torturador presentimiento,
arreglé la maleta
y, prudente, fingí que me iba lejos.
Y aquella madrugada...
cuando todo dormía en el silencio...
temblando abrí la puerta de mi casa
y en ella penetré con pasos quedos.

¡Y allí, en mi misma alcoba,
infiel e indigna, profanando el lecho...
allí estaba tendida Mesalina,
rendida en hondo sueño,
al lado del autor de mi deshonra...!
¡del hombre criminal, infame, artero!

¡Mudo de espanto ante la vil escena...
ante el cuadro real, de espanto yerto,
subiéndome la sangre a la cabeza
un ansia de matar sentí en mi pecho!

Dos disparos seguidos...
rodaron de la noche en el silencio.

Juzgados, tribunales...
y la sentencia absolutoria, luego...

Mas tanto aquella escena horripilante
grabóse en mi cerebro;
y una noche de insomnio y pesadilla...
de nerviosa inquietud... de horror... de infierno...
vi en la pared, los ojos de la muerta...
que los clavaba en mí, vidriosos... muertos...
Como un loco corrí por escaparme
de aquella imagen que llevaba dentro...
y desplomado, inerme...
sin sentido, redondo, caí al suelo.

II

Aquel delirio se llevó mi vista.
" ¡Una limosna para el pobre ciego!"

SOLEDAZ SONORA

Que no me hablen de nada;
de nada quiero saber.
Que no me hablen de nadie;
de nadie quiero saber.
Quiero vivir en mí mismo,
en lo hondo de mi ser
porque dentro llevo el mundo
y el Universo también.
Dios y yo, yo y Dios tan sólo...
El conmigo y yo con El.

BALADA

¡Ay que balada tan fría!...
¡Que glacial la luna blanca!...
Tiene acero azul, y tiene
transparencias de aguas claras.
¡Cómo flota entre las nubes
como una muerta, entre gasas;
coquetona, que a esconderse
y a aparecerse jugara!
Femenino lunar frío
en el cielo de la espalda
de un amor, que ya no fuera
más que ceniza y escarcha.
...y mirádonos la luna
con su inmensa cara pálida,
nos va clavando... clavando...
su cuchillo frío de plata.
¡Ay que balada tan fría!...
¡Que glacial la luna blanca!...

DESPEDIDA

Se ha marchado otra vez
y en su amplia frente
nublada de tristeza resignada
se llevó la blancura de las horas,
y en los ojos redondos
un escolzo de vueltas hogareñas
a la paz de las noches en el huerto,
a la antemesa del dorado vino
hecho dorado néctar en su compañía...
...Se ha marchado otra vez...
y lo dormido de la pasión vesánica pasada
revive en lo más hondo,
desnuda ya de falsos apetitos,
para ser sólo luz de amor eterno;
y, a fuerza de ser luz, ser también fuego.

VINO Y SANGRE

Grita y bebe la gente en la taberna
miserable del pueblo,
y blasfeman borrachos, irritados,
su suerte maldiciendo, los mineros...
y beben, beben...
siguen bebiendo.
Ahora de golpe la taberna oscura
se ha quedado en silencio;
un silencio que rasga la guitarra
con su aquejumbado, ronco y seco...
y beben, beben...
siguen bebiendo.
Ya suena el fandanguillo que se escapa
de un corpulento pecho,
como suspiro pasara a ser lamento...
y beben, beben...
siguen bebiendo.
Ahora un ¡ay! lastimero y prolongado,
que se arrastra en el viento,

rueda y rueda en la noche, confundido
del fandanguillo, a su postrero eco.
Y ya no beben...
se van saliendo.

Y la gente se agolpa en la taberna
miserable del pueblo;
y con esposas, entre la gente pasa
un mocetón fornido y corpulento
con la mirada
fija en el suelo.
Y es el cuadro que alumbra
la luz de la linterna del sereno:
¡Una navaja y un guitarra roto
que yacen en el suelo
del macabro portal de la taberna,
...y sobre el quicio, atravesado, un muerto.

Y en la noche callada...
en la grandiosa majestad del cielo,
sin mirar a la Tierra, brilla ingente
e impávido un lucero.

LA FERIA

(Elegía andaluza)

I

¡La feria...!
-inmenso payaso que llora por dentro
y ríe por fuera-
Mostrador del mundo
donde la indigencia
va vendiendo el alma
por unas monedas...
disfrazando con gritos y risas
su pena.
Gaitera
que sopla riendo- en la gaita del lujo
su pena.

II

Venid, mozalbetes.
Acudid, mozuelas...
yo, como vosotros,

soñaba la feria...
Hasta que mi alma
tornándose escéptica,
hundió su escarpelo
sobre una pintada muñeca
y... - ¡dolor...! - vi que dentro tenía
serrín y pajueta...

III

Venid, mozalbetes.
Acudid, mozuelas
con vestidos y bailes y risas
a animar la feria...
Pero... nunca, que nunca veáis
su cara de pena
- el inmenso payaso que llora por dentro
y que ríe...que ríe por fuera -.

CREPÚSCULO

Ibas como soñando
sobre mi hombro echada...
La tarde se moría
tras de los montes malvas...
Me decías no sé qué
-perdida la mirada-
en un dulce infinito
-sueño de cosas altas-.
¡Qué blanca era tu frente...!
y tus manos... ¡qué pálidas!
¡Qué serenos tus ojos...!
¡y qué pura tu alma!
¡Ay! ¿Por qué no quisiste
que –místico- saciara
sobre el cáliz divino de tu boca,
de aquel instante, la grandeza santa?
... Venías como soñando
sobre mi hombro echada...
fría y febril, temblando de imposibles...
en la pureza de la noche clara.

OJOS VERDES

Cruzo buscando unos ojos
la soledad del sendero.
¿Dónde están los ojos verdes...?
¿Dónde están...? No los encuentro
ni en la paz del lago verde
ni en el verde-azul del cielo...
...Cruzan allá las esquilas
por el monte verdinegro
y una paz dulce y suave
va de esmeralda tiñendo
los caminos del presente
v el ángelus del recuerdo.
Cuando todos los caminos
pinte la noche de negro,
sólo habrá unos ojos verdes
dentro de mi pensamiento:
¡Qué serán luz que me guíen
a lo largo del sendero!

TARDE DE MAYO

No sé que tiene esta calle
a la luz de los luceros
que está blanca... y que parece
toda vestida de negro.
Se han ido los gorriones...
Los niños parecen viejos...
y las mujeres que vienen
de la fuente, llevan yertos
y desmayados los nardos
sobre los escotes muertos.
¡Ay, la niña que regaba
en el crepúsculo incierto,
bebiendo en la tarde azul,
las rosas de sus ensueños!
No sé que tiene esta calle
a la luz de los luceros.
Algún día sonará
desde ¿muy cerca? ¿muy lejos...?
la voz de nadie, de alguien
para decirle el misterio
de esta calle sola y triste
a la luz de los luceros:

...Y en la penumbra de lirios
habrá -señalando- un dedo
invisible, hacia la fría
soledad del cementerio:
¡Los amores imposibles
de la niña y el lucero...!

EL TRACTOR

Ya viene el tractor horrible
que con su infernal arada
va destruyendo las rosas
en esta tierra rosada.

Tractor de infernales hierros,
sin corazón y sin alma,
armatoste de ruidos
y olor que produce náuseas,
no te lleves la belleza
cuando la tierra arañas...

¡Tractor, fruto de estos tiempos,
sin corazón y sin alma!

MAR SOLO

Mar solo...
Hoy sin un solo barco
tienes sobre tu lomo.
Mar tranquilo y sin olas
que pareces de plomo...
Mar sin color, ni verde,
ni azulado, ni rojo.
Mar en calma...
...Mar solo.

ELEGÍA DEL PARQUE EN FERIA

Las rosas se están muriendo
entre el tropel de la feria
de este parque toxiriano
todo inundado de fiesta,
con flores ya deshojadas
y con flores contrahechas,
flores de papel y humo,
rosas grises de madera,
con olor a gasolina
a refrescos y meriendas,
con "caballicos" y "norias"
bajo la verde arboleda.

Los que nunca lo visitan
en la calma de las siestas
o en las tardes melancólicas,
cuando el crepúsculo cuelga
una sinfonía que viste
de rosa las alamedas,
hoy vendrán –sudor y polvo-

a profanar su belleza,
a llenarle de ruidos
y a no verle, porque es feria.

yo iré al parque con la aurora,
cuando todo el pueblo duerma,
cuando las flores sean flores
y la arboleda arboleda...
Cortaré de sus rosales
una rosa roja y fresca...
y diré al que me pregunte:
¡la he librado, de la feria!

MARINA

Marina

-nombre fresco de agua y barcos-
tienes la mano atrevida
pero dulce al mismo tiempo
para curar las heridas.

Marina,

cuando llevas el carrillo
a lo largo del pasillo,
deseando tu presencia
de belleza y simpatía
el enfermo se impacienta
con una mezcla, Marina,
de temor y de alegría.

Marina

tus manos son mariposas
blancas sobre las heridas.

Marina

no sé yo de qué manera
alabaría tu belleza
y cantarías tu destreza
de enfermera.

AIRE NUEVO

Ya no viene el capataz
a la taberna del pueblo.
Se suspendieron las obras
hace ya no sé qué tiempo.
Ya no viene el capataz
con la brigada de obreros
que bebían en la taberna
aquel aguardiente seco.
Por la taberna se cuele
un aire de tiempo nuevo
de güisqui y cubalibres
y señoritos gamberros.

...Ya no viene el capataz
a la taberna del pueblo.

A SOR LUISA

Sor Luisa, nombre bíblico
de beata resonancia
que con amor y constancia
vas mitigando el dolor
libando en su triste flor...
...Y aunque te claves la espina
tú llevas la medicina
en la luz de tu mirada
-reflejo de un alma bella
de pureza saturada.
Sigue, sigue tu destino
que cuando, más grande sea
el sacrificio divino
luchando con el dolor
más corto será el camino
que te separe de Dios.

CANTO A ANDALUCÍA

Tierra de sol, sufrida y cantaora,
tierra de luz, de ensueño y de poesía,
la tierra del dolor y la alegría
que cuando canta en sus canciones llora.

Cenicienta olvidada en el destino
que conduce a los pueblos al progreso,
que teniéndolo todo con exceso
se ha quedado parada en el camino.

Andalucía, emporio de riqueza,
tú tienes todo lo que tiene España,
la tierra, el mar, la mina, la montaña,
pese a tu sambenito de pobreza.

Tus vegas, granadina y cordobesa,
tus campos de Jaén y de Sevilla,
no envidian ni a Levante ni a Castilla
ni a otros que tienen fama de riqueza.

Demuestra que tus tierras y tus hombres,
si llegan a gozar la autonomía,
podrán muy alto colocar tu nombre
y que nadie te explote, Andalucía.

Reina cristiana y sultana mora,
tierra de luz, de ensueño y de poesía,
la tierra del dolor y la alegría
que cuando canta, en sus canciones llora.
¡Viva la tierra mía!
¡Viva y viva por siempre Andalucía!

LIBRO SEGUNDO

EL PIPE Y YO

EL CAFÉ DE JESÚS

El café de Jesús, del "Tío Jesús" como lo llamamos cariñosamente los clientes, está en la carretera, frente a la gracia de un jardín pequeño y recoleto, con rosas rosas y amarillas.

Es un sencillo placer diario sentarse, en las tardes de estío, a la puerta del café de Jesús, o en la acera de enfrente, toda ella regada, oliendo a tierra húmeda, junto a las limpias y verdes mesitas que parecen de juguete.

Todas las tardes, cuando el crepúsculo viste, primero de oro, y después de rosa el jardinillo, me gusta meditar solo, junto a mi mesita verde, o leer un libro, sintiendo morir la tarde, lenta y dulcemente, entre sorbo y sorbo de café, ese café gustoso e insuperable que nos hace el "Tío Jesús" y nos sirve el camarero Antonio, simpático, jovial y dicharachero.

EL RAYO

Tú, Pipe, conoces bien este paraje del Barranco. Has estado conmigo muchas veces ahí arriba, en la cimbra del Rabanero y en la de Sabalete, en donde tiré aquel conejo casi de noche.

Pero de lo que no te he hablado nunca es del rayo que partió esa peña, abriendo esa enorme raja por la que nos metemos en el puesto que domina todo este paraje.

No es que tenga importancia, porque habrá otras piedras de otras sierras partidas por el rayo... pero es, Pipe, que yo lo vi caer desde ahí frente, a unos doscientos metros.

Tú conoces a Antonio Chica, el abuelo de Antoñín, el que tenía el bodegón en la calle Aguilar. Veníamos los dos de las Majoneras, huidos de la tormenta, atravesando el Barranco por derecho, a refugiamos en El Tesoro. No hubo tiempo, y la tormenta estalló con violencia, impetuosa... fue como un instantáneo desatarse de todas las fuerzas de la naturaleza, como una furia desencadenada del Averno...

...Y todo fue rápido, y sin embargo, nos parecía que aquello no iba a terminar nunca... Como el castillo, que da el trueno final de los

fuegos artificiales, ¡el rayo! Yo lo vi blanco, azul, rojo, cegador, siniestro, cercenar la piedra con la guadaña terrible de su lumbré... Después la enorme catarata de piedras, rodando hacia el Barranco...

No quiero acordarme... No quiero que nos sorprenda nunca otra tormenta como aquella, Pipe.

SERAFINILLO

Cuando venimos de tórtolas al Puente Hierro me acuerdo de Serafinillo.

Tú lo conoces, el que nos hizo el pozo en el patio, cerca de la parra.

Dicen que el puente tiene veinticinco metros de altura. Pues se arrodillaba sobre el pretil, se cogía a sus bordes con las manos y hacía el pino, balanceando las piernas sobre el vacío. Da frío Pipe... sólo pensarlo da frío ¿verdad?

TIBURCIO CASTRO

Ya no está junto al pequeño jardín de su ventana de jazmines y de geranios, en donde yo lo veía siempre que iba a visitarlo. Se fue en una mañana calurosa de julio para descansar eternamente tras dieciocho años de dolor, en lucha heroica con su enfermedad y con su muerte.

Pipe, nunca tuvo un gesto de protesta. Siempre resignado, sus sufrimientos por dentro, los disimulaba con una sonrisa por fuera.

Yo, que también estoy inválido, lo visitaba en mis momentos de decaimiento, y salía de su casa reconfortado, con la alegría de vivir que él me contagiaba, con la cristiana resignación que él me imprimía.

¡Bellísimo ejemplo el de la vida de Tiburcio Castro!. Sus hijos, en su dolor, sentirán la alegría y el orgullo de su entereza, de su heroica resignación, de su brava entereza de cristiano.

Sé que sus últimas palabras habrán sido para decir, con Gabriel y Galán: "Dios lo ha querido así, bendito sea".

CORPUS

La mañana es clara, diáfana, pura. Un cielo de azul turquesa lo envuelve y lo penetra todo en efluvios de paz y de serenidad. ¡Corpus....! El olor fresco y verde de los juncos y el rojo y suave hálito de los claveles y las rosas se entran por todos los sentidos.

Cantan las campanas un redoble de cristal, y en la torre de la iglesia los gorriones picotean en sus metálicas aristas ya de oro puro... La procesión...

Relucen los varales del palio, crujen los juncos bajo los pies, y la Custodia copia de vez en vez todo el paisaje litúrgico de la mañana.

Paz... Música... Flores. Mira, Pipe, dan ganas de irse al campo, y cortar todas las rosas rosas y todos los lirios lirios y amarillos, para arrojarlos al paso del Santísimo, juntamente con la flor, roja de amor, de nuestro propio corazón.

EL PARQUE DE TORREDONJIMENO

Los pueblos sin parque son pueblos sin primavera. Torredonjimeno tiene su parque. El parque de Torredonjimeno es amplio, luminoso, abierto a todos los horizontes, y, al mismo tiempo, íntimo y recoleto.

Yo lo cruzo todos los días para ir al Instituto Laboral, y es para mí un sencillo placer diario esos obligados paseos por el parque.

Lo he paseado en otoño, en invierno y en primavera; y en verano, en el rigor de la siesta de julio, cuando el pueblo duerme bajo el sopor del sol amarillo, he venido también al parque para dormitar o para abandonarme, indolente, a mis pensamientos, bajo las frondas acogedoras de sus glorietas.

No me canso de estar en el parque de Torredonjimeno. Sé donde está cada árbol, cada arbusto, cada mata. Me lo sé de memoria. Hasta los pájaros se han familiarizado conmigo a fuerza de verme, y creo que no les asusta mi presencia.

¡Qué delicia el caminar por el parque, despacio, bajo las lilas y los rosales blancos, rojos y amarillos, en estas tardes de primavera, cuando el sol caduco de la tarde se va hundiendo lentamente tras las lomas de Porcuna, o en las noches estrelladas y tibias de julio, bajo la luna llena, sentirse solo tan cerca del pueblo!

¡Ay de los pueblos que no tienen parque, que no tienen árboles, que no poseen un jardín, aunque sea pequeño! ¡Ay de las ciudades en las que el cemento y la gasolina van terminando con los árboles!

Por eso, siempre que cruzo el parque de Torredonjimeno, pienso, con profundo respeto y con viva simpatía, en mi buen amigo y amigo de todo el pueblo, César Gallo, el que, cuando los pueblos se quedan sin árboles, nos ha traído este bello parque del que puede estar legítimamente orgulloso.

César Gallo: aunque no hubieras hecho otra cosa por Torredonjimeno, basta tu parque para que tu recuerdo sea perenne.

FIN DE CURSO

Ha terminado el curso en el Instituto Laboral. Por los amplios corredores sopla un viento de vacaciones cargado de impaciencia en los alumnos por las notas finales.

Hay en los profesores y educandos como un aire gris de despedida, como un deseo disimulado de continuar las tareas docentes... y cuando los muchachos van saliendo del Instituto, no lo hacen hoy alborozada y atropelladamente, sino que caminan callados y lentos, volviendo insistentemente la cabeza como si se dejaran atrás algo que ellos mismos no sabrían lo que es.

Yo sí lo sé: mientras desde la sala de profesores los contemplo, se lo he dicho al director, que también retarda su salida, hablándonos paternal y cariñosamente:

"Mire los chicos, ¡tanto deseo de vacaciones...! y hoy, en vez de alegres, parecen tristes... y es, que ellos, como nosotros los profesores, nos dejamos un pedazo de nuestra propia alma".

Por fin salimos. Un crepúsculo, lento y rosa, enciende levemente las cristaleras de las aulas desiertas, mientras que el disco rojo del sol que declina, va cayendo, entre celajes de nubes, tras de las lomas de Porcuna.

A LA MUERTE DE FRANCISCO VILLAESPESA

Se ha ido Villaespesa. Otro poeta menos. La primavera se lo llevó, con prisa, por un camino de rosas blancas y de pájaros mudos. La primavera de este año –encapotada y hosca- se lo llevó de la mano hacia la bohemia ideal y eterna del no ser.

No ha esperado al tardío florecer de las rosas, ni a la blanquinegra geometría musical de las golondrinas alocadas... que no han querido poner adornos de clasicismos en los últimos días del gran clásico almeriense. Ahora, cuando la risa de las rosas llovidas, ponga color en los frondosos cármenes de Granada, se presentará, entre los rosales con sol o con luna, el errático volar de una mariposa casi inexistente, mitad verdad, mitad ilusión -la mariposa blanca de su inmortalidad verdadera y perenne - como la de la poesía misma de los jardines alhambreños en las altas noches, verlerianas, con estrellas bordadas en el espeso encaje de las frondas verdeoscuras.

Un poeta menos pero una inmortalidad más.

JARDINERO

Jardinero, ¿por qué se mueren las rosas del parque?. Yo sé que tú las cuidas, porque tú eres el padre de las rosas, que las mimas tiernamente cuando se abren a la vida, como niños recién nacidos... Y sin embargo, jardinero, todos los días se te mueren en el parque muchas rosas.

En las mañanas transparentes de mayo, cuando la primavera se te mete en el alma como un susurro, no quiero pasar por el parque, porque me da pena ver en cada rosal, un cementerio de pétalos caídos.

Pero, a veces, creo que no se mueren, que, cuando se ponen grandes, se van como los pájaros, - ¿a dónde?-, dejando sus plumillas quiero decir sus hojas, al pie de los nidos, verdes y vacíos.

Yo sé que te alegrarías, si así fuera, jardinero. Y sé también que me dispensas cuando paso por tu lado, corriendo y hosco, sin mirarte siquiera, porque creo que tú tienes la culpa de que mueran las rosas en el parque.

LA PIEDRA DEL CAMINO

Cuando voy a Casa Tejada con los niños, nos gusta sentarnos sobre la blanca y redonda piedra del camino. Allí se para siempre la borriquilla que, suelta, y libre de la carga del Pipe, mordisquea las briznas verdes de la cuneta... las espigas doradas del pajonal...

Mira, Pipe, en esta piedra se sentaba también mi padre cuando veníamos a Casa Tejada como ahora vengo yo con vosotros.

Decía él que aquí mediaba justamente el camino... y fumaba un cigarro, y tomaba unos tragos de vino, lo mismo que yo hago ahora... y también dejábamos pacer libre y suelta a otra borriquilla parecida a ésta.

Esta noche cenaremos en la misma mesa en que nosotros cenábamos con mi padre, dormiremos en la misma cama, cazaremos con la misma red y en los mismos aguaderos... y, luego, mientras vosotros dormís la siesta, yo me iré a leer, como él lo hacía, bajo la mimbre grande del arroyo.

Es un placer triste el de estos recuerdos vivos, pero también es un consuelo, que anima y fortalece, el creer que yo soy como era mi padre y que vosotros seréis como yo soy ahora...

...¿Verdad Pipe...?

JUAN ANTONIO PADILLA

I

Juan Antonio Padilla es un "tío simpático y agradable", como dijera "el Chache".

Noble y despreocupado, se encuentra, casi a la vez, en todas partes con el cristal y el chiste a flor de labio.

II

Va siempre cargado de "documentillos", reventona la vieja cartera, y prietas las cajas de Pandora de los bolsillos, de los que lo mismo sale el décimo de lotería de hace cuatro años, que el talón de la contribución, que el sobre de aspirinas, o que la onza de chocolate o la peseta limosnera para los pobres.

III

Siempre va deprisa, pero parándose

constantemente, pues es el agente universal de todos los negocios, que arregla o intenta arreglar, sin otra compensación que la del medio litrejo cuando cae, y comportándose las más de las veces como el "Sastre de Campillo".

IV

Cargado de gracia natural y de innatas ocurrencias, es el imprescindible en todas las reuniones de buen humor, en las que tiene chistes espontáneos para toda la concurrencia, entre sorbo y sorbo de fino manchego.

V

No es pendenciero ni amigo de alborotos, aunque en sus anécdotas y sucesidos, que cuenta con aire de bravuconería inocente y bonachona, salga a relucir siempre la revienta-caballos, vieja y mohosa pistola sin gatillos que heredara de sus antepasados.

RESPONSO A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN LA TUMBA DE MOGUER

¿Tú me oyes? ¿Verdad que tú me oyes, Juan Ramón?. Desde el cielo, claro y limpio de Moguer, por donde ahora yerra tu alma, tú me oyes.

¿Verdad que tú no has muerto, Juan Ramón?. Yo no creo que tú hayas muerto. Tú vivirás eternamente para tus selectas minorías, para los que te llevábamos dentro antes, mucho antes, mucho antes, de que te dieran el premio Nobel, para los que hace muchos años leíamos y releíamos "Platero y yo" hasta aprenderlo de memoria.

Tú me oyes. ¿Verdad que tú me oyes, Juan Ramón?. Si tu burrillo, aquel que llevaba tu manta y tu alma por los caminos de Moguer, no ha muerto, ¿cómo ibas a morir tú?

Los poetas de España y los de todo el mundo lloramos tu muerte, ¿tu muerte? No... tu liberación completa de la materia, porque tu vida ha sido un morir poco a poco, a fuerza de purificarte, estilizarte, en ese camino hacia la luz y hacia la belleza pura. No te ha matado la enfermedad física. Tú has estado siempre

enfermo de belleza y ésta es la que ha destrozado tu cuerpo, ya casi octogenario.

Tú me oyes. ¿Verdad que tú me oyes, Juan Ramón?. Tú sabes que el sollozo y la lágrima que no pude contener, no fueron por tu muerte, sino por la muerte de la poesía lírica, de la poesía pura, tal como tú la concebías. Yo no te conocí, Juan Ramón, pero para cada hora, para cada paisaje, yo he tenido siempre a punto una poesía tuya, en mi solitario y melancólico contacto con la naturaleza.

He vivido intensamente tu "Elegía Andaluza" y por ello he amado más el campo y he besado la tierra como a una novia adolescente.

Yo he visto tus cumbres empurpuradas en esas largas agonías del crepúsculo, los tristes atardeceres en el pueblo, cuando los niños se recogen medrosos y las mujeres rezan a sus muertos en los portales sin luz, la paz profunda de las siestas amarillas de agosto, el oro puro de las tardes de abril, y la idílica melancolía de las lluvias.

LA TIENDECILLA

De vez en cuando, súbitamente, viene a mi memoria el recuerdo de la tiendecilla.

Estaba al extremo de una calleja polvorienta, pero en la hora del crepúsculo se tomaba morada, ennobleciendo su sucia fealdad en medio del juego y el griterío de los niños.

El tendero, un hombre alto y feo, fumaba eternamente su negra cachimba a la puerta de su tiendecilla. De aquel tendero, que vendía de todo - petróleo y vino, trampas de alambre y cohetes - se contaban cosas tremendas: desertor de la guerra de Cuba, contrabandista... una condena en el penal de Ocaña...

Algunos días doblaba la calleja en el sol de la siesta, y se le veía por otras calles del pueblo, saco al hombro con una enorme lata, pregonando el petróleo con su larga y amarilla trompeta de metal.

...Un día desapareció del pueblo para siempre, sin rastro y sin recuerdo... Pero en mi duermevela de niño vi siempre, agrandada por la sombra y el miedo, la imponente figura de aquel hombre, entrando saco al hombro, por la puerta sin luz de la tiendecilla.

Yo creo que no era un comerciante, no... que era... que era un "sacamantecas".

EL AGUADERO

A mi Anterito y a mi Pipe les gusta venir conmigo al aguadero, de espera a las tórtolas.

Es una fiesta para ellos y para mí la de ese primer domingo de agosto que se lleva, con nuestra impaciencia, la veda del campo hasta febrero.

En este tiempo, casi todos los días nos levantamos con la aurora. Cuando todavía hay menta de estrellas en el firmamento, ya estamos camino del "Puente de Hierro", o de "El Cañuelo", o de "El Espinillo"... Ellos se envalentonan, escopeta y catrecillo al hombro, y sintiéndose seguros, gritan, corren o canturrean por lo bajo.

A veces me hacen reír con absurdas preguntas sobre caza o sobre astronomía.

Cuando vienen con ramas para hacer el puesto, el Pipe, como es tan chico, desaparece totalmente bajo su carga verde de varetas.

Luego se vuelven y me dejan solo en la choza. Y, ya en la plena y picante madurez de la mañana, fumo y leo a Juan Ramón Jiménez. De pronto un tableteo de alas me interrumpe: ¡Las tórtolas...! Ahí están ya, desconfiadas y espantadizas, revolando aquí y allá sobre la

blancura verde y fresca de los juncos, entrando después en vuelo silencioso, raudo y cortante, o bajando inocentes, terrosas y majas por la veredilla, hasta el agua limpia, en gracioso y elegante contoneo.

Yo las miro y las apunto... y como no se van y hace tanto calor, dejo la escopeta, me hago el tonto y sigo leyendo...

EL MENDIGO

Nada tan interesante como esos seres vagabundos.

Roto y sucio va por la carretera el mendigo, cargado de tristezas y de kilómetros, casi siempre cargado de años también.

Va con su garrota, unas botas viejas y sus trapajos. Garrota que en cada nudo lleva una hinchazón de recuerdos. Trapajos, haciendo esfuerzos para no añadir el impudor a la miseria. Y sus botas. Esas botas adaptadas a fuerza de machacar caminos.

¡Pobre mendigo...!

¡Cuántas cosas se habrán pintado en sus ojos cansados...! ¡Cuántos anhelos insatisfechos callarán ya en tu alma de vagabundo!

Ni con los niños puedes desahogar tu pena, tu pena oscura y honda como un pozo; ni con los niños que huyen de ti como de un ser siniestro.

¡Ay! Cuántas cosas podrían aprender de ti los niños y los hombres...

Pero déjalo... ¿Qué te importa...?

¿Qué te importa...? ¡Cuando sobre tu frente el cielo de la noche pone una caricia curva y blanda y mientras duermes tus kilómetros en la cuneta de la carretera, borracho de lejanías y de estrellas...!

¡¡Lejos de los hombres!!

EL PAJARILLO MUERTO

¡Qué dolor...! ¡Un pajarillo muerto!

La noche - grande y negra - ha velado su cadáver y puesto una mortaja blanca de rocío sobre su plumón verdoso y suave.

En su pico, la escarcha ha congelado una gota de sangre. Diríase su corazoncillo rojo y apasionado que se hubiera salido por su garganta en un último trino al arroyo... a las flores... a los árboles... a los otros pájaros...

Nadie llora su muerte... y sólo una flor de invierno - incolora y fría - parece que se inclina sobre él.

¡Pobre pajarillo...! ¡Tan ruidoso, tan alegre, tan reidor...!

¡Tú, que has podido volar... volar mucho a donde no hubiera habido hombres... hasta otro campo y otro mundo... y hasta donde ahora, seguramente, se escapa tu alma más rauda que tus alas!

LOS CANDILICOS

Morados, escondidos entre las anchas hojas verdes y húmedas, ¡qué modestos resultan los candilicos!. Disimulada siempre su belleza en la umbría silenciosa de alguna peña, lejos de los pájaros y de las flores, del sol y del aire, a la que sólo de tarde en tarde, llegará un pajarillo alicorto, tristón y huido, enfermo, acaso, de luz, para contar de las alboradas cañeras y de los crepúsculos suaves... Tal vez, una lechuza tendrá cerca su nido. Tal vez, las alas de un búho rozarán sus cabezas moradas, como roza un silencio a otro silencio.

Toda la vida que llega a los candilicos es sombría e incolora.

Cae la tarde de invierno... y mientras que comparo mi alma con la vida de esos candilicos, allá en el horizonte, cárdeno el cielo va clavando en la tierra un disco luminoso y amoratado como un inmenso candilico.

EL ABEJORRUCO

Mi casero es un hombre rudo, de tarda palabra y juicio corto: Un casero como todos los caseros, pero, tocando a bondad, como casi ninguno.

Bajo el parral de la lonja, en esas siestas en que invariablemente hace esparto sobre sus rodillas, con la colilla eternizada en el labio inferior, gusto departir con mi casero. Habla torpemente, pero habla mucho, casi siempre evocando recuerdos de cosas que, porque ya pasaron, tienen esa desteñida belleza de la pátina del tiempo.

Hoy me ha hablado de la primera República:

-Aquéllos eran políticos, aquéllos eran oradores...

Para dar más relieve y firmeza a sus aseveraciones, se levanta de vez en cuando, deja el esparto sobre el poyo, y anima sus manos con un aire tosco de tribuno, pero la colilla sigue pegada sobre el labio inferior, como una lapa.

Un abejorruco negro - ese gran catador de siestas - describe bajo el parral, círculos y líneas de geómetra loco.

El casero sigue con la vista el abejorro... y de golpe cae el esparto de sus brazos y dos gruesos lagrimones de sus ojos espantados.

Después me lo cuenta todo:

-Yo no creía en esas monsergas... pero va "pa" seis años que una siesta como esta me "trujeron" a mi Manolillo muerto de la besana... y antes me lo había dicho un abejorruco de esos, ¡quizá ese "mesmo"!

Calla mi casero, y abatida la frente entre las manos, curtidas del trabajo, llora silenciosamente.

Yo me levanto y me voy bajo la mimbre grande del arroyo a llorar también en el silencio, amarillo y hondo, de la siesta.

EL CEMENTERIO

¿Qué tendrá el cementerio... que todos le huyen?. Yo mismo no sé qué terror, que ponía alas a los pies, cuando pasaba frente a la geometría férrea de la verja grande.

Anochecido, nunca volví con mi carga de grillos y amapolas por aquel camino ancho y polvoriento - tan pisado por la muerte-, ruta sin fin y sin regreso.

Ahora me gusta pasar frente a la verja grande del cementerio y quisiera sentir aquella comezón de niño que ahora no siento.

Cuando en las hermosas tardes, lentas de abril, el sepulturero deja pasar la vida por la verja entreabierta, entro en el cementerio.

¡Quién lo iba a creer cuando niño...!

La muerte duerme escondida entre rosas y amapolas; arrullada con sinfonías de grillos, de chicharras, de jilgueros y gorriones. Diríase que la muerte no está allí muerta, sino encantada... lo más cerca posible de la vida... rebosante de color y música.

Y hasta el sepulturero es un hombre como todos los hombres, que va al cine y habla de política... y tiene una mujer sana, y dos chiquitines de ojos azules, y puñados de amapolas, y sol en sus caras alegres y redondeadas.

PUESTA DE SOL

¡Qué rara belleza la del momento...!

El globo rojo se queda parado un instante; puesto en vilo sobre la colina recortada hacia el poniente, como si contemplara el espectáculo grandioso de su mismo trasponer. Hay un silencio quieto, transparente, frío y sonoro. Un silencio que se hace blanda música en el alma, como producido por todas las arpas -mudas ahora – de la naturaleza.

Por todos los caminos se va yendo la luz lentamente... y, cuando el disco del sol hundido deja como un incendio frío en el ocaso, se agranda el paisaje en suaves irisaciones granas, violetas y amarillas... mientras que el búho grande del crepúsculo va sacando a la noche del huevo blanco e inmenso de la tarde.

EL LLORADERO

Las casas de hoy son muy confortables. Tienen dormitorio, cocina y comedor, cuarto de baño y algunas hasta biblioteca. Pero ni las casas de hoy ni las de ningún tiempo, tienen ni tuvieron nunca lloradero.

El lloradero sería un cuartito reducido y limpio, con una mesa y un crucifijo, algo así como una pequeña celda de monjitas.

Todos los días entraríamos en el lloradero, nos reconcentraríamos unos minutos y lloraríamos media hora por la humanidad doliente y caída, y mientras lloramos, Jesús, en la Cruz, sonreiría mansa y dulcemente.., y quién sabe, si hasta ungiría con su santa mano nuestro triste y dolorido corazón.

ABRIL

La mañana de abril es luminosa, transparente, diáfana... llena de pájaros y de canciones, de fragancias y plenitudes. El cielo azul intenso recorta secamente el paisaje alto en derredor del pueblo, a donde llegan oleadas de fragancias de los habares y de los almendros, cargados ya de sol y de nieve.

Domingo: La campana de la torre, que llama a misa de diez, suena más limpia y más pura en el aire claro de la mañana... y es una gloria, después de salir de la iglesia, irse al campo por la carretera de Huelma, y sorber el paisaje en calma, que el sol de medio día hace ya dorado de oro puro.

ZORRILLA

Hela ahí, Pipe, con su aspecto de imponente abandono, tocada de amarillo por el sol del ocaso y recortada sobre la colina, como un pequeño monumento romano en el Aventino.

Se diría que ya ha quedado puesta para siempre en este paisaje, para hacerlo más solo, más universal, más puro...

Parece que allí detrás todo termina... que el sol y el campo - vivos todavía aquí -, naufragan allí en una agonía, lenta, de sombras y de olivos, entre las nostalgias andaluzas, de un Gulliver fantástico.

Está quieto y mudo el paisaje como retenido – veraz - a la belleza.

Mira, en este instante - fugaz y eterno - como recogen su alma los caseríos y los montes; como se quedan – solos - en nuestro pensamiento, los caminos y el arroyo... pareciendo todo menos real... más verdadero.

Mira, Lamperes, con su configuración terrosa y baja de cementerio castellano... El Romeral... La Ventana, señorial y adusta... La Carrera del Caballo... y... allá lejos, cerca del sol huidizo, Zorrilla, cerrando el horizonte con su austera lejanía agrandada por el momento, hecho anhelo de infinito, en la tarde que agoniza.

EL CARRO

Estaba caído - hundida la ancha rueda hasta el corazón del eje - en el barrizal del camino. Tres mulas, y un borriquillo gris -como la tarde que se iba-, hacían esfuerzos inútiles para sacarlo, sin conseguir nada más que los latigazos de aquel negro corazón sobre la indefensa mula de varas. A fuerza de ruegos y razones, conseguí que, a regañadientes, y, tragando su propia ira, cambiase la mula y aligerara la carga en la mitad del peso.

...Cuando, al doblar el camino, el carro se perdió tras la loma - blanca ya de luna de enero - se sentía aún el claro y remoto sonar de los campanillos:

... ¡La mula de varas... que se iba... Hacia la noche, carretera adelante... y dejaba en mi corazón alborozado el, ya casi perdido, cascabeleo de su agradecimiento!

INFANCIA

Nada va quedando de aquellos amigos de la infancia. La vida afanosa los arrebató a todos, cuando no la muerte.

Se han hecho hombres, y a mí mismo me cuesta trabajo creer que son aquellos mismos compañeros - todo travesura - de la escuela y de la calle. Y aunque sean hombres, yo los recuerdo siempre niños, Fermín, El Pino, con su remolino de pelo eternizado sobre la frente, capitán de bando, certero en las pedreas. Miguelillo, con sus ojuelos azules, su cuerpo pequeño de doble niño y su ojeriza a las bombillas y los gatos. Carrasquillo, el que ponía fin a todos los coraches y hurtaba las bolas con los ojos... y Panchito... aquel Panchito que no he vuelto a ver, como si le hubieran matado los alfilerazos de las rosas que atrapaba, de los triangulares escotes frescos de las muchachas de la Fuente Nueva...

Cuando entra la primavera; una de aquellas que ponía flores en los balcones con grillos, y golondrinas, sobre los alambres de la luz eléctrica, al alcance de nuestros tirachinas de goma; veo, con amargura, los niños en la calle, sin infancia, recortados, disfrazando las blancas inocencias con el humo negro de los cigarros furtivos.

Lo único azul que quedaba en medio del negro odio de los hombres, ya no es azul. ¡Los niños ya no quieren ser niños!

EL MONTE

A la espalda de mi casa de campo se alza el monte.

Es un tronco de cono, no muy alto, de superficies pendientes y verdinegras.

Cuando pequeño, yo gateaba cuesta arriba sin conseguir nunca tocar la cumbre; mis músculos endebles me dejaban rendido en medio de la ambición de coger el cielo con las manos.

Ahora subo casi todos los días al monte y en lo alto he probado el azote de todos los aires y todos los besos, débiles o apasionados, del sol.

Hoy se me hizo noche cerrada en la cima del monte que nunca escalé cuando niño, las estrellas me han enviado su luz temblona... y yo, - como no podía otra cosa - he mandado mis pensamientos a las estrellas.

¡Qué pequeños resultamos ahora el monte y yo! pienso, pensando en aquella ilusión de niño.

Y con amargura he emprendido el descenso del monte, con un frío grande en el cuerpo y un escorzo de inquietud infinita en el alma.

CORRALES DEL PUEBLO

¡Qué lejanía cercana la de los corrales...! En ellos se ve como el revés de la vida de la calle... como el remanso de los prejuicios y de los convencionalismos... y parecen, cada uno, la personalidad desnuda de la familia que los habita, como algo, también, del alma de las casas...

Contemplando los corrales, desde este altozano, se percibe una rara superposición de sentimientos vagos, tenues, entrevistos sólo, y que se escapan al momento como un pedazo de jabón en el agua.

En aquél, una muchacha sana, tiende en el diñuelo los trapos blancos y se empina confiada creyéndose sola... En ese otro, los niños juegan con la luz indecisa del anochecer... Más allá... hay una cabra quieta... pensativa ante los ramones colgados. Este está solo, con el pozo y la higuera, en cuyas ramas desnudas juegan y alborotan los gorriones...

...¡Cómo sacan las casas el alma a sus corrales, contemplados desde esta lejanía cercana, en el crepúsculo - frío y místico - de esta hora de diciembre, plena de recogimientos dulces y arrobadores!

CUESTA NEGRA

Cuesta Negra es un monte cubierto de matojos oscuros que, de lejos, semejan olivos.

Tiene una casa de campo, nunca vista por mí porque sólo voy a ella por los inexistentes caminos de la ilusión...

Pero, traslocadas y combinadas al azar, como en un caleidoscopio, las imágenes de lo real y de lo ilusorio, voy a Cuesta Negra por un camino estrecho y escabroso de fantásticos laberintos y geografía imposible, camino que parte del pueblo y que lleva lejos sin salir del pueblo...

Luego, en la casa de campo, rodeada ¿de jardines? de negruzca policromía, me sale al paso una mujer... que nunca sabré decir como es, ni lo que dice, ni lo que le digo...

...Y al cabo de un lapso de tiempo, imposible de precisar, Cuesta Negra, va transformando su geografía fantástica, devolviéndose a la luz... para ser lo que es al fin: un monte anodino que atrae a lo lejos con su forma piramidal y verdinegra.

MI MAESTRO

Nunca he vuelto a sentir aquella alegría del sábado, cuando por la tarde, terminábamos la diaria tarea de la escuela.

¡Qué largas se hacían esas horas entre los cristales con lluvia o con sol de invierno... o tras las abiertas ventanas, donde otros niños vocingleros -tristes delante del domingo- tiraban de nuestra impaciencia alegre!

Hasta el cigarro que, mañana y tarde, fumaba Don Antonio en la escuela, se eternizaba entero, en la interminable tarde del sábado.

Esas tardes, como queriendo matar el tiempo más pronto, aprendíamos más deprisa el mapa; y los lapiceros y los pizarrines tenían alas para sacar las cuentas... y el himno, cansino y monótono, lo cantábamos con una voz ligera, vibrante, distinta de los demás días de la semana.

...Y Don Antonio, el maestro, nos miraba sonriente, con una sonrisa larga y desvaída... que ahora comprendo.

¡Es verdad, Don Antonio!... Tú lo decías con aquella sonrisa larga y triste: ¡Cuando seáis hombres, el hada buena y alegre del domingo, pasará a vuestro lado, fría y rota, caídas las alas, como un ángel triste, arrojado de los áureos paraísos del cielo azul...!

LOS CAMPANILLEROS

¡Qué bien se está aquí, al lado de la noria! La tarde parece colgada del firmamento, como un inmenso globo azul. Hay un olor a rosas, y a tomillos, y a malvas, y a humedad, que suaviza la transmutación del camino ancho y seco. Y hay una dulce algarabía de grillos, y un zumbar de mosquitos, y un trajín de mulos y arrieros, de arados y campanillos alrededor de la noria que pone una nota de metal fresca en el sube y baja de sus cubos.

En los caseríos lejanos van naciendo lucecillas temblonas, que vienen revueltas con ese ladrido prolongado e incierto del perro que, no se sabe en donde, ladra al crepúsculo de la tarde.

...Y entre esta orquesta solemne de ruidos y de silencios; y entre ese como flotar de alas en el ambiente, se destaca potente, acompasada y arrulladora la canción de "Los Campanilleros", mientras que la tierra, como una amante cariñosa, se va entregando, lenta y voluptuosamente, al gigante de la noche.

DOLOR

Recuerdo de mi primo Fermín Jiménez

Aquella mañana dulce de otoño, estaba sentado, como siempre, bajo la higuera amarilla por el sol de octubre, en la huerta cercada - florido cementerio de su vivir triste y descolorido -...

En su cara, toda ojos negros y risa triste, había como un ahogarse continuo de dolores y de esperanzas, de anhelos vagos e infinitos... de optimismos desmayados como flojas brisas de la siesta.

Yo para animarle, le hablaba de su carrera... de su novia... de su pronto retornar a la vida riente... y él se reía, para disfrazar, tal vez, las lágrimas, con una sonrisa incolora, caída y escéptica... fijos, en las flores, los ojos cansados, como de mariposas negras.

¡Qué triste poesía la de aquella mañana de otoño...! ¡Los pájaros se acercaban, confiados, al enfermo; moría la brisa sobre las florecillas retardadas... y el regato, lamía con sus lágrimas de cristal líquido, el tronco añoso de la higuera amarilla!

...Cuando aquella noche... - mala como un alma negra - la muerte le trajo por la carretera,

blanca de luna, hasta el cementerio del pueblo,
¡pensé en aquella dulce mañana de otoño... en
la soledad de la huerta cercada, en donde las
flores y los pájaros, la higuera amarilla y el
regato transparente, llorarán la pérdida de su
dulce compañía... triste y morada, como la de
un lirio grande, en el sol aterido del ocaso...!

EL BARRANCO

Cogí al Pipe y me lo llevé de alba, a la espera de los conejos, para que viera la bella estampa del barranco en la amanecida.

Una leve nubecilla había refrescado la madrugada de septiembre, y la brisa, embalsamada de húmedas esencias, nos penetraba dulce y blandamente.

Cuando coronamos la veredilla que asciende por Cuerno de Oro hasta la cimbra de Sabaleta, está ya clareando el día, pero en el Barranco yerran aún sombras alargadas, envueltas en la lechosa claridad de la luna poniente.

Aquí, en un corte rectangular de la pedriza está el puesto... ¡qué bien...! Nos colocamos sin ruido... Silencio... Delante, las moles enormes de la sierra se recortan grises en el amarillo del amanecer...Javalcuz... Los Morteros... la crestada gradería de Riocuchillo...

El Pipe, a mi lado, no siente miedo, como hecho que está al campo y a la noche... Silencio...

En el lento despertar de la mañana se van tornando a su realidad los montes, las rocas,

los árboles... -fantásticas catedrales góticas... alucinantes gnomos... gigantes imposibles... en el crepúsculo-.

De pronto el Pipe me toca con el brazo... Bultos pequeños pasan de una sombra a otra sombra, como ovillos de lana gris. Alzo la escopeta y disparo a cálculo a través del punto luminoso... El Pipe se estremece... El eco, después, rodando hacia La Cueva... Silencio...

-Bueno, está el sol en el horizonte y ya no hacemos nada, porque...

No me deja terminar y vuela hacia el tiro.

-¡Aquí está!- y vuelve jadeante y gozoso con un conejo en la mano que casi le arrastra.

-Pipe, esto te gusta más que el fútbol, ¿verdad?

-¡Buenooo....! -y mueve la cabeza de arriba abajo, con un movimiento que no deja lugar a dudas.

ANTONIO RAMALES

Ya está aquí Antoñico Rames, sentado a su puerta, en el sol tibio de la mañana.

Entre trago y trago de aguardiente, va desgranando toscos y cariñosos epítetos a todos los que pasan, en un típico vocabulario de palabras gruesas.

Todo el pueblo es amigo de Antoñico Rames. Los viejos, los hombres, los niños, lo rodean y embroman cariñosamente. El no se enfada nunca... y ríe siempre con los pequeños, como el viejo Darbón con Platero.

Como tiene hijos grandes y trabajadores, y como sus tierras de labor están lejos, se va a la taberna, que está cerca, por bajo de su casa, porque como él dice, ha trabajado ya bastante... para darse ahora buena vida, cerca de la botella y el vaso... que eso es lo que se va a llevar cuando se muera.

No se emborracha nunca, y cuando está alegrillo, se va a la casa despacioso, a comer o a cenar con su mujer y con sus hijos, porque, eso sí, aunque le guste el aguardiente y el vino, a buen padre y a buen esposo, no hay en todo el pueblo, quien se eche un pulso con Antoñico Rames.

LA CANTARERA

Pipe, tú no sabes nada de esa cantarera... Es una historia sencilla y dolorosa, desvaída ya en el tiempo, como un recuerdo melancólico, como algo entrevisto a penas, que flota, vagamente, entre la realidad y la pesadilla de un mal sueño.

Cuando yo era como tú, y mi padre era como yo soy ahora, los veranos nos veníamos a la casería, con mi hermano Fermín (el tío "Min", Pipe) que padecía de la vista, a que tomara las aguas sulfurosas de Maja Yesera.

Hacia, el pobre, la vida en esa cantarera, ulcerados sus ojos, casi ciegos, tapados con dos cortinillas negras, porque la más leve claridad le hacía mucho daño. Mi madre se pasaba con él las horas muertas en esa cantarera... y mi padre se iba por el campo, solo y triste, a distraer su pena con los pájaros...

No te puedes hacer una idea... Menos mal que Don Juan Martín, aquel oculista de Jódar, bueno y sabio, le curó la vista para siempre...Mas, dejemos estos recuerdos, y vamos a comer. Tú tienes unos ojos redondos, grandes como el campo... y son las tres de la tarde, y las tórtolas entran temprano al aguadero, en sombra, del arroyo de La Ventana.

LA LOBA

En el paseo de la Estación, en lo que hoy es fábrica de aceite, estaba el Filarmónico, y frente al Filarmónico, vivía La Loba.

Era La Loba un hombre extraño, de malos antecedentes y de vida equívoca, matón y penderciero.

Se cuenta, que, cuando anochecía, eran pocos los que se atrevían a pasar junto a su puerta. Que hacía extraños visajes a los niños por asustarlos, y que obligaba a los hombres a limpiarle la casa, a fregarle los platos, pistola en mano.

Un día me cogió, por sorpresa, con una mano, y con la otra me dio unos caramelos que extrajo de su amplia chaqueta de pana.

Sin saber cuando ni como, desapareció del pueblo. Dicen que muchos años después, lo vieron por aquí, sin norte, caído y roto, pidiendo limosna.

Pipe, yo creo que no era tan malo como decían... Que un hombre que da caramelos a los niños, no puede ser tan malo.

LOS TONTOS

Mucha gente del pueblo me dice a mí, el poeta, el tonto...

Puede que la gente lleve razón, y que todos los poetas seamos unos tontos.

Mira, Pipe, ahora no hay tontos clásicos, como antes. Yo, cuando pequeño, conocí a muchos tontos que tú no has conocido: El tonto Rosquero, que llenaba las esquinas con su risa fantástica... Cristino... La Apolonia... El de los Soplillos, con su mano torcida, que pedía una perra para su madre enferma, y que se mató en la cimbra de la Cueva, buscando espárragos... Arrancarrabos.. Nieves... El Abuelo de la Varilla...

Yo creo que esos tontos eran también poetas a su modo, porque eran la delicia de los niños... y porque nunca hicieron daño a nadie.

Pipe, esos tontos, que pasaron por la vida sin pena ni gloria, estarán hoy en el Cielo, cerca de la mano de Dios, contemplando el desfile de listos hacia el Purgatorio... y hacia el Infierno.

LA ABEJA

La "Mari-Lo" está jugando con los dompedros y los geranios del jardín. Los va deshojando... uno... otro... y otro... entre risas y palmoteos sin sentido.

Súbitamente, un grito, agudo y prolongado, pone fin a su juego, y corre vacilante a los brazos del Pipe.

Ya está: la abeja que zumbaba entre los geranios rojos, le ha picado en la torpe y blanca manita, dejándole clavado el fino y corto puñalillo de su ponzoña.

¡Pobre inocencia confiada e inerme, tan cerca del negro corazón...!

Mira -le digo al Pipe- mientras extraigo la diminuta espina de la niña: No sé si me comprenderás... pero cuando seáis grandes y soñéis despiertos como yo sueño muchas veces... la abeja de la incomprensión y del desengaño, clavará también su aguijón en vuestra alma, para devolveros súbitamente a los brazos de la triste y dolorosa realidad...

ASÍ ES CAMBIL

Cambí tiene la forma de un diedro de caras desiguales, con las aristas en el río de su nombre, y, aunque situado en una hondonada, está sin embargo, a cerca de setecientos metros sobre el nivel del mar. Es como un nido de águilas caído al fondo de las peñas que lo rodean.

Dos ríos se unen a su entrada por la carretera de Huelma, con cuatro puentes sobre el caserío, el antiguo Oviedo y el de Villanueva, que se funden en el Cambil, afluente del Guadalbullón. Las casas de Cambil son más bien rojizas que blancas. Los ocres dan la tónica de color al pueblo, y están en todas partes, en las colinas, en las paredes, en las calles... El pueblo es pequeño, unos cinco o seis mil habitantes, pero tiene el alma grande, personalidad y sello propios, y no ya en su conjunto, sino hasta en sus cuatro, reducidas y diferentes barriadas: el Barranco, la Solana, San Marcos y los Cantones.

La plaza, con su iglesia al pie de la alta peña de la Solana, es silenciosa, recoleta, humilde, acogedora, con árboles milenarios que recuerdan el de Guernica.

La riqueza de Cambil es los olivos y la huerta ¡la bella huerta erizada de casitas blancas y de verdes flautas escondidas entre las hojas! a uno y otro lado de su pequeño Nilo; y hay también un subsuelo -quizá rico- sin explotar apenas.

Sus gentes son sencillas, nobles, de carácter cándido, afable, primitivo. Aguantan la dureza de los tiempos sin protestas, con una mezcla de resignación cristiana y de fatalismo árabe... Y aman a su tierra, sin decirlo, con cariño disimulado -pero hondo- de adolescente enamorada.

Cambil es siempre bello, pero a la caída de la tarde es incomparable... cuando hasta los burros espinosos de los Cantones se recortan quietos y pensativos en el crepúsculo, idealizados como Platero - ¡oh Juan Ramón Jiménez! - por esta pura y extraña belleza de Cambil .

ATARDECER EN CAMBIL

Traspone ya la tarde por los próximos montes. Cambil suena como ensimismado en un triste y largo pensamiento. Desde este balconcillo, que da al río, se ve medio pueblo. Las cuestas, pinas y encarnadas, son ahora parduzcas, moradas, casi negras... y las cabras -que vuelven- se recortan y agrandan, un momento, sobre los ocreos de las colinas almagrosas. El río, cargado de estampas, cruza los puentes del pueblo sobre los que se ven algunos hombres terrosos, callados, anónimos... Algún perro, lejano e incierto, ladra al crepúsculo de la tarde... De la torre gris de la iglesia -rosa ahora- cuelga un ángelus soñoliento, coreado allá con las verdes flautas -entre las hojas- de los huertos cercanos.

Algunas viejas tal vez rezan en la luz caduca de los portales... Tal vez, una muchacha -contagiada de la extraña belleza del momento- borda imposibles sobre el bastidor roto de sus ilusiones... Unos chicos harapientos juegan y sueñan cerca de los burros sarnosos, tras las tapias altas de los Cantones... ¡¡Bellos atardeceres de Cambil...!!

En estos momentos tan puros en que todo parece eternizarse con la lenta, dulce, triste y

morada agonía del crepúsculo.

* * *

Se va yendo la luz por los caminos solos...
En el azul, tenue y limpio de nubes, brillan las
primeras estrellas...y allá lejos... del Almadén y
Mágina se desprenden penachos de sombras
que avanzan, insensibles, suave y lentamente
sobre el pueblo.

LA VIOLETERA

Por la calleja sucia -en donde las mujeres, sentadas a sus puertas con el sol de marzo, repasan la limpia ropa blanca- va la Violetera, voceando el pregón morado de sus violetas.

Es la misma de todos los años, Angelilla, ligera y pura como sus flores, a quien la primavera trae de Valdepeñas, monte abajo, hasta los pueblos de la carpiña llana, para vender la poética y olorosa mercancía; la misma que trae los claveles prietos por Jueves Santo, y las moñas de jazmines en la Feria de Julio.

Unos la piropean. Otros le dicen picardías... y como es tan ingenua... algunos se ríen de su simplicidad inocente, llamándola tonta. Nadie intenta comprarle nada que no sea lo que ella rechaza siempre, poniéndose dos grandes amapolas en las mejillas suaves.

Como sabe que me gustan las flores y no le digo "cosas feas", me las brinda tímida ¡-Señorito, las violetas-!

...Luego, su voz delgada se va perdiendo, con la luz de la tarde, en la calleja, mientras la fragancia larga de las florecillas moradas llena mi alma, un momento, de no sé qué presentimientos oscuros.

¡Pobre niña...! ¡Que nunca, la primavera, te
marchite la flor más pura y bella de tus flores...!
¡Sola con tus violetas, por los negros caminos
de la noche... que te acompañe siempre la
mejor de todas, la flor de tu pureza!

CARMEN BERMÚDEZ "SENTADA A LA PUERTA"

Hace tiempo, mucho tiempo que no había yo leído en los periódicos una crónica de sucesos diarios, animada de un soplo lírico, de un hálito de poesía y ternura, como si el periódico estuviera totalmente desmaridado del sentimiento poético.

El Diario "JAÉN", nos trae todos los días una crónica sencilla y bella que, con el título de "Sentada a la puerta", escribe Carmen Bermúdez.

No conozco personalmente a Carmen Bermúdez, pero leo con fruición sus croniquillas breves y aladas, intimistas y sensibilizadas como una flor, un pájaro o el soplo del aire fresco de la mañana.

Carmen Bermúdez ve en todo, la poesía y la ternura. El suceso trivial lo transforma y ennoblece, envolviendo la realidad cotidiana y vulgar en un velo tenue de lírica vaguedad, que recuerda el tono intimista y melancólico de

Juan Ramón Jiménez.

No conozco personalmente a Carmen Bermúdez, pero esta joven escritora ha ganado mi simpatía con esas crónicas a las que hasta ha sabido ponerles un título sugestivo, sencillo y fresco como una flor, un pájaro... y bello como su propio corazón.

LA ROMERÍA DE SANTA ANA

La blanca ermita de Santa Ana se recorta en la mañana azul purísima contra el lomo verdinegro del monte de Miguelico. El camino serrano, empinado y agrio, cubierto de madre selvas y de rosas silvestres, sube de la campiña llena de los efluvios de los habaeres en flor, los cánticos y la alegría bulliciosa de los primeros romeros, el sonido de cristal de las campanas y el estampido fugaz, seco y recortado de los cohetes.

...Después, ya bien entrada la mañana, cuando el paisaje ha perdido sus dintornos de plata, para hacerse de oro puro, desaparece el campo bajo los pies de filas interminables de romeros, que, desde cuatro o cinco pueblos, afluyen a la ermita. Los hombres llegan sudorosos, con la bota a la bandolera y adornados de cintas los amplios sombreros; las mujeres, jadeantes, roncadas de coplas, cubiertas de flores las cabezas o de pañuelos rameados.

Luego cada árbol y cada peña umbrosa va dividiendo a la multitud, por familias, e improvisadas tiendas de campaña, y las botas y las damajuanas, colgadas de los árboles, como inmensos frutos, preludian bodas de Camacho bajo el sol amarillo y caliginoso de la siesta...

...Y por fin, cuando la tarde despereza el paisaje, la procesión de interminables hileras, y en medio Santa Ana, rutilante y triunfal, y entre los vivos y las canciones y el entusiasmo apoteósico de la multitud, se destaca el bello himno a la Patrona, de Juan Chica y Pedro Benito Pancorbo:

Viva Santa Ana,
Viva la Abuela
Viva su linda Niña
Virgen y Reina.
Vivan sus blancas manos
Que son bandejas
Del tesoro infinito
De la pureza.

Cuelgan del firmamento las primeras estrellas y los romeros regresan, roncós y contentos, pensando ya en la fiesta del próximo año.

LA FORMACIÓN MANUAL

Por los talleres del Instituto Laboral corren aires alegres y nostálgicos de final de curso.

Los muchachos trabajan con la ufanía del deber cumplido, canturreando por lo bajo, en la siesta que trasciende ya a verano.

Una brisa, blanda y suave, penetra por los amplios ventanales abiertos de los talleres, que remueve, levemente, las tenues virutas o los delgados dibujos de las maquetas y alivia el sudoroso quehacer de los pequeños trabajadores.

Martos, el maestro carpintero, los contempla sonriente, campechano e idílico. Gómez, el de mecánica, adusto y serio, pero también con una complacencia que le repiquetea por dentro, en no sé qué visaje de euforia contenida.

¡Qué grato ruido el de las múltiples herramientas manejadas por manos infantiles o adolescentes! Parece, allí dentro, como si una humanidad de niños, como si un mundo nuevo entonase su himno al trabajo en un alborar de vida incontaminada de impurezas.

Pronto estos talleres quedarán vacíos con las vacaciones, quedarán mudas y silenciosas

las herramientas... Pero ahí están, en las vitrinas y en los armarios, los frutos sazonados .de los días de curso, ahí está la bellísima maqueta del Instituto, obra de Martos, la magistral miniatura de Almazara, orgullo del centro, dirigida por el maestro Gómez y el bellissimo pergamino de López Arjona y tantas y tantas filigranas que sería imposible enumerar.

Desde esta croniquilla quiero reiterar mi felicitación a estos maestros de taller, al joven y dinámico Gutiérrez de Ravé, tan amante del trabajo como enamorado de la belleza, al pulcro y eximio López Arjona, mago del tiralíneas, y al Director del centro, Carazo Montijano, incansable en su actividad docente, duende del laboratorio y alma y vigía paternal del Instituto.

JOSÉ "PORRILLA"

Pipe, tú no conociste a José "Porrilla". Era hombre a carta cabal, el manigero de mis padres y mis abuelos. Parece que le veo con la hoz en la mano cortando cañas para hacer a mi padre la choza de las tórtolas y susurrándome al oído: "Tengo un nido de alcudón".

Cuando de la casería iba al pueblo, regresaba siempre de noche, cargado de vino y coplas, y su voz yo la oía desde muy lejos.

Era un cante hondo por malagueñas y tarantas como la voz de la noche. No sé si eran el lugar y la hora, pero yo que he oído a muchos cantaores, no escuché jamás una voz como la de José "Porilla".

EL CANTE DE JUANITO VALDERRAMA

Yo, que me conmuevo, pero no he llegado a llorar, oyendo los nocturnos de Chopín o las sonatas de Beehtoven, he derramado lágrimas, oyendo, bajo las estrellas, en el silencio y en la augusta soledad del campo, los discos de la Antología de Juanito, tomados en cinta magnetofónica. Y en ese levantamiento del lugar y de la hora, me ha parecido su voz como la voz profunda de la noche andaluza, de esta Andalucía que sabe llorar cantando y sabe morir riendo.

Pipe, para comprender el cante flamenco, el cante hondo, hay que comprender a Andalucía. ¡Andalucía y Castilla! las dos grandes células del pueblo español. Castilla ancha, superficial y concreta. Andalucía soterrada, profunda y universal, porque profunda es su elegía aunque la disfrace de oropeles y castañuelas, porque universales son sus sentimientos, sus artistas y poetas.

Andalucía es Huelva, la puerta por donde salieron nuestros navegantes para alumbrar un nuevo Mundo, la Patria de Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal, y el que más hondo ha calado en las entrañas de esta tierra. Andalucía es

Cádiz, la de los bravos majos que lucharon contra Napoleón con el fusil en una mano y la guitarra en la otra, la de las Cortes de la Libertad y de la Democracia. Andalucía es Granada con su Universidad, con los encajes de piedra de su Alhambra, con sus rondas y con sus fuentes que parecen llorar aún, no sé que frustrados amores de Princesas Musulmanas. Andalucía es Almería, tostada y sufrida como sus hombres. Andalucía es Málaga, la perla y señora del Mediterráneo. Andalucía es Córdoba, la sultana, la que asombra al mundo con su saber en tiempos de Abderraman III, la cuna de Séneca y Lucano, de Góngora y Juan de Mena. Andalucía es Sevilla, la monumental, ante la que se para el Guadalquivir para contemplarla. Y Andalucía es Jaén, la ciudad del Santo Reino, la ciudad de la cara de Dios y la del descendimiento de la Virgen de la Capilla, la tierra por donde pasó su misticismo San Juan de Cruz, la Paria del sonoro cantor del 2 de Mayo y de Almendros Aguilar, la tierra, en fin, de otro poeta, la tierra de Juanito Valderrama. Sí, hasta ahora he llamado a Valderrama cantaor, pero Juanito Valderrama es mucho más que eso, ¡es el poeta universal del cante andaluz!

CUARENTA Y OCHO HORAS EN SIERRA MÁGINA.

TARRAFE.- EL PUNTAL DE LOS TEJOS.-
LOS PECHOS DE LA PRINCESA.- NOCHES
DE LUNA.- LAS LIEBRES DEL PORTERUELO
y EL TESORO DE LA FUENTE DEL TORO.

Descenso a Cambil.

Desde Cambil, bajo la luna llena de junio, hemos emprendido el ascenso a los Pechos de la Princesa, punto culminante de Sierra Mágina. El camino, al principio, es suave, de entrenamiento, y llegamos a Tarrafe descansados y optimistas. Café en la fuente de

la Celada y sorpresa en el Cortijo que nos acoge con cariño y con leche de vaca entre el obstinado ladrido de los perros. Nos disponemos a partir después de hacer provisión de agua en las cantimploras. El Almadén alza su colosal y majestuosa silueta en la madrugada, que corona ya, el alba, con los primeros reflejos azulencos del oriente.

El ascenso a Puerto Chiquito es corto y suave también, pero desde aquí a la Fuente del Pájaro nuestro caminar se agría del golpe sobre los resbaladizos y empinados chinarrales.

Caminamos con la vista en el suelo y un airecillo frío en el rostro cargado de todos los perfumes de la sierra brava.

Mi guía es un corpulento muchacho de veinticuatro años.

Es fuerte, como un oso, y ágil, como una ardilla. De vez en cuando, se para y me espera, o me alarga una gruesa gancha para que le siga más derechamente.

Hemos llegado a Mata Prieta con los primeros rayos del sol, y de Mata Prieta a las Lagunillas Altas donde desayunamos.

Me dice mi fiel acompañante que el sol aprieta y que no me meta por los chaparros bajos para evitar las víboras.

No coronamos los puertos porque yo

quiero ver el paisaje de una vez y en todo su esplendor, desde lo más alto, desde los Pechos de la Princesa que dejamos atrás para seguir al Porteruelo, al Morrón de Salazar y al Morrón de los Acerales.

Son las once de la mañana, y, aunque siempre hace viento en esas alturas, el sol hace angustioso nuestro caminar, y, por eso, hemos elegido los altos arcos de los Acerales para el almuerzo y la siesta, después de llenar nuevamente nuestras cantimploras en la pintoresca fuente de Tacita de Plata.

A nuestros pies, hasta Mata-Begí, se extienden unas laderas interminables cubiertas de pinos y de encinas que me hacen pensar en la grandeza augusta de Sierra Morena, y no sé por qué, en el discurso de los cabreros, en el Pastor Crisóstomo, en los episodios de Basilio y Quiteria y en Cardenio, del inmortal libro de Cervantes.

Hemos comido y dormido bien. A las seis reanudarnos la marcha y llegamos, con el sol ya bajo, al Portillo de los Tejos.

¡Por fin, el otro lado de la Sierra!

El espectáculo es maravilloso, indescriptible, estupendo. Siento la sensación de que floto en el aire, de que me va a faltar la tierra bajo los pies a pesar de que la meseta, cortada a pico por un canto vertical de más de quinientos metros, es llana y extensa. Me

tiendo en el suelo para mirar el enonne canto, y las olivas de Torres parecen allá en el fondo - que está a tiro de piedra- insignificantes matillas. Un enjambre de miles y miles de grajuelas hieren mis oídos con un ensordecedor y lúgubre griterío.

A nuestras espaldas, Sierra Nevada blanca. De frente, Sierra Morena, oscura y la Serranía de Cazorla eternamente verde. Más acá pueblos, muchos pueblos que miramos y localizamos con los gemelos de marina, y entre las brumas de la carnpaña de Baeza, la nota larga y plateada del Guadalquivir. Quedo extasiado muchos minutos, como bebiendo el paisaje con el alma. Mi guía fuma y tira piedras al fondo del tajo para que me dé cuenta de la profundidad. Pero no podemos permanecer mucho rato en Los Tejos porque el sol se ha hundido ya tras las Sierras de Campillo de Arenas, y la luna saldrá próximo a las once.

Escalamos los Puntales de las Ollas de Lino, cortados también a pico, pero por tres escalones consecutivos, y cuando llegamos a los Pechos de la Princesa es noche cerrada.

El panorama inmenso se sublimiza bajo el temblor de las estrellas. Las rocas se agrandan por todas partes, poniéndose a tono con el misterio del lugar y de la hora. Son tantos los pueblos que parpadean a nuestros pies que no sabemos a cual mirar para ir saboreando avara y lentamente a la belleza... y se ven, como

nidos de águilas caídos al pie de la sierra, Cambil, Noalejo, Campillo, Pegalajar, Carchel, Carchelejo, Mancha Real y Torres.

Han cesado las grajuelas. Sólo de vez en cuando, el silencio es interrumpido por el bisbiseo de algún enorme búho que pasa, rozando casi, nuestras cabezas.

Hace fresco, tal vez frío, pero yo no lo noto embebido en la grandiosidad del panorama.

Mi guía hace lumbre de aliagas y lentiscos secos.

Esperamos la salida de la luna porque hay que descender, por la Cuerda, al Collado de los Arros y al de Teruela, luego al Morrón de las Sabinas, y rebajarse, para cenar y hacer noche en el Porteruelo.

Cuando llegamos al Porteruelo está blanco de luna; ni una mata ensombrece su argentina y silenciosa redondez.

Mientras preparo la comida, mi acompañante hace la cama con hierbas blandas y la rodea de piedras como el puño, fuertemente untadas con cabezas de ajos, para evitar la peligrosa vecindad de los "bichos".

Comemos con apetito y bebemos ávidamente los últimos tragos de la bota. Es la noche tan pura, que, a pesar de estar extenuado, he ordenado a mi guía que me despierte de hora en hora para saborear el raro

placer de dormirse bajo las estrellas. Siento una dulce modorra que quisiera que se prolongara eternamente, y pienso con lástima en los falsos placeres de las ciudades.

De golpe, mi guía interrumpe mi sopor:

-¿Sabe usted lo que le pasó aquí, a Frasquito el Conejero?

-No. Cuenta.

-Pues sería una noche de luna como ésta. Ahí, en esas piedras, esperaba las liebres que vienen a la sal del ganado, porque, mire usted, aquí en Almadé hay liebres enormes, de seis y siete kilos algunas.

Tiró, en un par de horas, siete sobre este bastión, pero cuando fue a recogerlas, las siete liebres echaron a andar delante de él convertidas en otras tantas gallinas negras.

Como observara mi admiración, continuó:

-Estas cosas aquí no chocan; yo mismo he sentido muchas veces, en estos desiertos lugares, el aquelarre; usted habrá oído hablar del aquelarre. Son las brujas. Arman un estrépito de mil demonios cabalgando sobre escobas de caña. Todos los que hacemos aquí la vida llevamos sal en los morrales y, tirando un puñado al suelo, evitamos la presencia de las "Malas". Dicen que el Almadén está encantado. Algo debe haber, desde luego. Ahí detrás, en la Fuente del Toro, veremos mañana

grabada sobre la roca, la cabeza de uno de estos animales, con letras, que yo no entiendo, pero que es fama que dicen: "Frente a la cabeza del toro está el tesoro" que debe ser el tesoro del Almadén y que todavía nadie ha dado con él.

No quiero contradecirle en lo que cuenta con tanta emoción como sinceridad, y, entre cigarro y cigarro, nos quedamos dormidos, despertando cuando el sol hace ya de oro puro las cresterías de las montañas circundantes.

Muy de mañana, tras tomar el café, coronamos el Morrón de las Sabinas para seguir, Cuerda adelante, hasta Tarrafe, en donde despido a mi guía y le prometo que no será la última vez que me acompañe.

Almuerzo en Puerto Carretón, y entrada a Cambil a las nueve de la tarde con el cuerpo deshecho por el cansancio, pero con el espíritu remozado y un anhelo de paz infinita en el alma.

LA MUERTE LITERARIA DEL PIPE

La muerte literaria del Pipe ha puesto fin a este libro. El Pipe terminó su carrera, se casó, tiene una niña. Todo esto, y la vida, le arrancan del campo.

¡Qué lejos ya las cenas en la casería, con la vela sobre la mesa y las hormigas en el pan... pero con el cielo estrellado sobre nuestras frentes!

¡Qué lejos aquellas siestas en el arroyo de la Ventana, o aquellos crepúsculos en el cerrillo de los Conejos!

El Pipe ya no viene conmigo, escopeta y catrecillo al hombro. Ya no me trae las varetas para las chozas de las tórtolas en el Puente de Hierro, en el Cañuelo, en el Espinillo...

Ya se va con el verano a las playas para aturdirse con la gente como si los profundos silencios del campo le aburrieran.

¡Ojalá que cuando tenga la edad que yo tengo, y su hija, su hijo sea como él era, se sienta niño, quiero decir poeta, para que entonces pueda continuar el libro al que hoy pongo punto final!

LIBRO TERCERO

**MICROPOEMAS
CON UN TOQUE DE
HUMOR**

Sobre el paisaje:

I.

¿Cuándo tocarán el pito esos enormes serenos con sombrero de copa que son las chimeneas durante la noche?

II.

No hay nada tan siniestro e inquietante como la sombra de los gatos negros sobre los tejados con luna.

III.

Los cipreses de los cementerios son como la verticalidad contradictoria de sus muertos horizontales.

IV.

Los cipreses de los cementerios son los centinelas de los muertos.

V.

El puente se prolonga sobre las aguas del río, y las cubre ya hasta la desembocadura.

VI.

Cuelga la primavera, como un ejecutado, de esos patíbulos que forman las ramas perpendiculares a los troncos erectos de los árboles floridos.

VII.

Las distancias que guardan entre sí las estrellas forman los poros del Universo.

VIII.

Un día temblará la tierra como un epiléptico: será el día que los granados y los pinos arrojen a la vez todas sus bombas.

IX.

Prados con espárragos prados en ruinas: de sus palacios vegetales sólo quedaron negras columnas.

X.

La luna se lava la cabeza en el mar y se riza el pelo con las tenacillas de las olas.

XI.

La lluvia ha puesto a la carretera unas polainas de charol.

XII.

Hay una tristeza gris de despedida en los

andenes desiertos de las estaciones.

XIII.

Las gafas verdes refrescan el paisaje con efluvios de menta.

XIV.

¿No habrá un anzuelo para pescar, en el río, el redondo pez de la luna?

XV.

¡Cuál será la distancia que existe, desde las estrellas reflejadas en el lago, hasta la superficie!

XVI.

Los tubos de neón, son las grandes luciérnagas de las ciudades.

XVII.

Nada taladra el corazón como esa triste soledad de las farolas encendidas bajo la lluvia de la madrugada.

XVIII.

En las hojas de los chopos acuña el sol sus claras monedas de luz.

XIX.

El parabrisas del automóvil puso un instante monóculo al puente de la carretera.

XX.

Los espárragos son los pequeños pararrayos del monte.

XXI.

Cuando al acostarnos apagamos la luz, se duermen los espejos de la alcoba.

XXII.

De noche se alargan los pinos hasta el cielo, y, a veces, pinchan estrellas con sus puntas afiladas.

XXIII.

Vemos el estornudo de los ángeles en el lagrimeo de las estrellas.

XXIV.

Siempre, por previsores que seamos, nos dejamos algo en el viaje, aunque sea, no más, que un pedazo de alma en los paisajes o un trozo de corazón en las ciudades.

XXV.

Esos árboles que bañan sus raíces en el agua, toman en otoño el te de sus hojas caídas.

XXVI .

Los modernos edificios de las grandes poblaciones asesinan a la naturaleza viva, pero siempre quedará para vengarse el grito verde del porrón de verano en sus balcones.

XXVII .

En las noches claras de marzo tienen color y sabor de menta las estrellas.

XXVIII .

La noche parecía colgada de los cuernos de la luna.

XXIX .

Tiene la luna llena al amanecer, cara macilenta, y demacrada de trasnochadora.

XXX .

Ríe la huerta de otoño con la risa larga de las granadas.

XXXI .

La risa larga y roja de la granada entreabierta es una risa terriblemente lujuriosa.

XXXII .

La nieve sólo debería ser pisada por los desnudos y blancos pies de las princesas.

XXXIII.

La luna llena ha cubierto el campo de nieve y
ha empolvado la noche con polvos de arroz.

Sobre el tiempo y el reloj:

El reloj es la ruleta del tiempo.

Sólo hay un reloj que señala la hora exacta: el reloj parado de la hora del meridiano.

Late el corazón del tiempo en el tictac del reloj.

El tío-vivo más lento que se conoce es el reloj, porque sus manecillas tienen que arrastrar a la carga pesada del tiempo.

Casi todos los relojes despertadores terminan muriendo, como juguetes viejos en manos de los niños.

No marchan bien esos pequeñísimos relojes de pulsera porque el tiempo se asfixia en espacios tan reducidos.

En una cosa, los animales son más sensatos que el hombre, cual es medir el tiempo, no por el reloj, sino por el meridiano.

Los mejores gallos seguramente proceden de Suiza como los mejores relojes.

Nunca saltaremos la cuerda del reloj despertador porque antes nos hará sentir en los dedos un hormigueo desagradable de corriente eléctrica.

¿Cuándo encontrará el reloj esa hora que tan constante y pacientemente busca?. El día que la encuentre se parará definitivamente y para siempre, y su cuerda, libre del tormento, explotará con una explosión sorda y vengativa de final de mundo.

Esos enfermos convalecientes de los sanatorios inventan toda clase de armas para asesinar al tiempo.

Las mesas de mármol de los cafés son mesas de autopsia en la que los parroquianos operan sobre el cadáver del tiempo.

En las grandes bodegas hay siempre una serpiente boa que se bebe el vino de todas las tinajas.

La noche y el día se persiguen constantemente, colgados a los meridianos, en el tío-vivo de la Tierra.

Cada vez que pensamos en la muerte, damos un salto de trampolín a la vida... ¡Consolador y saludable salto, que nos hace ingrátidos e inmateriales...

Sobre las mujeres:

I.

Las manos de la mujer son terriblemente divinas, los pies terriblemente humanos.

II.

No se ha interpuesto aún la querrela contra esos criminales que cortan las piernas mejor formadas de las mujeres, y las exponen con medias de nylon en los escaparates.

III.

Hay mujeres hipersensibles; mujeres que, al cortarse la película, buscan instintivamente las cintas de sus hombreras para comprobar que no se han roto.

IV.

Las mujeres “no tienen espaldas” pero tienen, en cambio, la libre coquetería de los hombros.

V.

Las bañistas deslizándose sobre la cuerda de auxilio tienen algo de los correos que los chicos ponen a las cometas.

VI.

Son de una sensualidad arrebatadora las huellas que dejan los pies desnudos de una mujer.

VII.

Comemos glotonamente las fresas con ese regusto sádico de despuntar todos los pechos de mujer.

VIII.

Entre lo que la mujer promete y lo que puede dar hay una diferencia enorme, diferencia que crece en razón directa de su hermosura.

IX.

El fumador acaricia su puro habano como si fuera el sedoso y torneado muslo de una mujer.

X.

Hay un sonido inimitable: el que produce el peine al deslizarse por la sedosa cabellera de la mujer.

XI.

Más verdaderas que las verdaderas piernas de las señoras, son las piernas de palo con medias de cristal.

XII.

Las medias de malla son alargadas redecillas de viaje para las piernas.

XIII.

Los broches dorados de las ligas negras dan a las piernas femeninas un empaque de piernas de escaparate.

XIV.

Las señoritas llevan las medias más estiradas que las señoras para dar a entender que tienen también la piel más lisa.

XV.

La moda de ir sin medias tuvo su origen en cierto fabricante que, a fuerza de fabricarlas finas y transparentes, las hizo un día invisibles.

XVI .

Esos maniqués de señora con sostenes y fajas debían estar en los escaparates de ortopedia.

XVII .

Las señoritas del metro son los bellos gusanos de Madrid.

Sobre el Cerrillo “Los Conejos” y la caza:

I.

Son las tres de la madrugada. Los tempraneros cazadores, con los faros de los automóviles y de las motocicletas, taladran la noche del paraje.

Los conejos, tras unos chaparros bajos, juegan al julepe, confiados. Un vigía monta la guardia en lo más alto y otea la carretera del Arroyo.

Los cazadores van bajando de los vehículos y se van colocando en los puestos de tiro.

En la noche oscura, suena un grito agudo del centinela:

- ¡Alerta!

- ¿Quién? - dicen a coro los jugadores.

- El Moreno Carrasco.

Los conejos abandonan la partida y se esconden raudos en sus madrigueras.

Son las siete de la mañana. Los cazadores han abandonado sus puestos, y, el silencio, torna a los conejos a reanudar la partida.

Pica el sol, que es de oro puro, un cazador retardado avanza hacia el cerrillo, con el paso tardo y cansino de sus muletas.

De nuevo el grito del centinela y de nuevo el “¿Quién es?” de los conejos.

- Es don Antero con su escopeta de veinte mil duros y su lujosa funda de cuero.

Los conejos no se conmueven, y una voz grita:

- ¡Echa cartas!.

II.

El conejo, en el alba, pasa de una mata a otra como un ovillo de lana gris.

III.

Hay un momento en la espera del cazador en el que todas las piedras y todas las matas son falsos conejos. ¡Precioso camuflaje este, que defiende al conejo de verdad que ya estaba a tiro!.

IV.

En el cerrillo “Los Conejos” hay siempre un conejo que nadie ha visto. Es, pues, el arquetipo inconcreto y universal de los conejos.

V.

La vieja que hace punto en el cerrillo “Los Conejos” suelta, en los crepúsculos, todos sus ovillos de lana gris.

VI.

En el cerrillo “ Los Conejos” los cúnidos, en el alba, pasan de una mata a otra como pequeños ovillos de lana gris.

VII.

El día que se construya el hotel “Conejo” en el cerrillo “Los Conejos”, se convertirán en conejos todos los turistas del mundo.

VIII.

En la madrugada se presiente que va a aparecer en el Cerrillo «Los Conejos» no sé qué animal fantástico y nunca visto, dueño de todos los misterios de la noche.

IX.

Los Conejos y los Cazadores apuestan a correr en súbita estampida cuando, por la carretera de frente al Cerrillo, cruza el coche verde de la Guardia Civil.

X.

Fui sorprendido una mañana en el Cerrillo «Los Conejos» con un libro en la mano y la escopeta en la funda, por un guarda de ICONA.

- ¿Y de esa forma va usted a matar conejos? - comentó el Guarda.
- ¿Qué me han hecho a mí los conejos para que yo los mate? - le contesté. - Mas como

alguno venga hacia mí con la boca abierta,
lo mato en legítima defensa.
El Guarda estalló en una larga y sonora
carcajada. La carcajada de la incomprensión.

XI.

Cuando, en los largos crepúsculos de julio,
leo a Juan Ramón Jiménez en el Cerrillo «los
Conejos», hay momentos que me olvido de la
escopeta y de los conejos. El paraje se
transforma profundamente, y hasta creo ver,
en la chaparra grande, al pino de la Corona
de Moguer, en el que está enterrado Platero.

XII.

La influencia magnética del Cerrillo «Los
Conejos» comienza en la Casería del Miedo, y
sigue “in crescendo” para morir en las últimas
estribaciones de Majá Yesera.

XIII.

La sociedad de cazadores debería poner
una pequeña sucursal en el Cerrillo de "Los
Conejos".

XIV.

Cuando estamos a la espera de las tórtolas en
el arroyo, resulta desesperante el cansino y
monótono pasar y repasar de las golondrinas.

XV.

Se matan mas conejos y más perdices ideales en el estanco de Negrillo que en todos los cotos de España.

XVI.

Las zarzamoras del Cerrillo de "Los Conejos" esconde, al anochecer, pájaros negros que nadie ha visto.

Sobre las aves y los mamíferos:

I.

El cuello pelado y repugnante del buitre tiene su antítesis en el elegante cuello del cisne.

II.

Las golondrinas son las notas negras en el pentagrama de los alambres.

III.

Las golondrinas son los geómetras locos del espacio.

IV.

Después de un ataque aéreo, todas las águilas llevan bombas en el dispositivo de sus garras.

V.

El ruiseñor es un mal músico, que a fuerza de repetir la misma pieza, ha terminado por ejecutarla a la perfección.

VI.

El hipopótamo es el acorazado de los lagos africanos.

VII.

La codorniz anuncia con maullidos de gato el toque de su tambor.

VIII.

Ordeñando una cabra blanca y una cabra negra, tenemos ya a punto el café con leche.

IX.

Si el cerdo tuviera buen paladar se comería sus propios jamones.

X.

Los murciélagos en el suelo parecen ratones que se arrojaron con paracaídas.

XI.

Nada tan enormemente grande como ese toro que se aparece de golpe entre los matorrales de la dehesa.

XII.

Las cebras son asnos diferenciados con pieles de tigre.

XIII.

A la lechuza le molesta todos los ruidos: es por lo que siempre está imponiendo silencio.

XIV.

El pájaro perdiz se queda preso entre el ecuador y los meridianos de su pequeño y alargado medio mundo.

XV.

Hay un pedestal que nunca podrá tener el hombre, y es el pedestal de las águilas reales cuando se posan sobre los agudos picachos inaccesibles.

XVI.

¡Cuántas cosas podría enseñar el topo a los ingenieros de minas, y la araña a los textiles!.

XVII.

Es la golondrina un aprendiz eterno de trigonometría.

XVIII.

Los cuervos son los lazos negros que pone el campo a las caballerías putrefactas.

Sobre otros animales más inferiores:

I.

Las hormigas son las colegialas del campo. Van uniformadas de negro, enfiladas, despaciosas y humildes, como las colegialas.

II.

Con las curvas que el “avejorruco” describe durante el día se podría construir muy bien el ecuador de la tierra.

III.

El día que el ciempiés se decida a ponerse unos zapatos se enriquecerán todos los zapateros del mundo.

IV.

Hay jaulas para perdiz, para codorniz, para canario... El grillo entra indistintamente en todas ellas. Es, pues, el pájaro universal de los niños.

V.

El grillo real abre agujeros en la tierra con el taladro agudo de su canto.

VI.

El grillo boca arriba enseña lo que tiene de pequeña cigala.

VII.

Cuando el grillo estira los cuernos y despliega el capote de las alas, parece que va a torear a si mismo.

VIII.

Ha salido la luna de mayo, y los grillos tienen ya a tono sus arpas "orinegras".

IX.

Cuando, de golpe, cesa el canto sostenido del grillo real, parece que ha enmudecido el Universo.

X.

El grillo es el zapato mejor embetunado que se conoce.

XI.

Las orugas son pequeños tanques de guerra que se convierten luego en diminutos aeroplanos.

XII.

¿No debería dar el ciempiés al gusano unas pocas de las muchas patas que le sobran?.

XIII.

En la siesta nos persigue una chicharra que nunca vemos.

XIV.

El desahucio del caracol, sería el más injusto de todos los desahucios.

XV.

Cuando sorprendemos a las ranas, saltan al agua y la enturbian. ¿No estará aquí el origen de las cortinas de humo, empleadas por los ejércitos, para camuflarse en los avances?.

XVI.

¿Dónde estarán aquellas moscas de feria que se posaban cansinas sobre las gasas de los turriones?.

Sociales y varios:

I.

Si el piano no tuviera las encías negras, sería el animal de la más hermosa y blanca dentadura.

II.

Si el esófago humano fuera transparente, los restoranes estarían mucho menos concurridos.

III.

Cuando en el bar de Jesús faltan los limones, extraen el zumo de los canarios amarillos.

IV.

Esas máquinas “tragaduros” de los bares disimulan su avaricia con el modesto nombre de tragaperras.

V.

Una muela picada es el caramelo que más se chupa y menos se gasta.

VI.

El afilador es un ciclista absurdo pues con un pedal devora kilómetros y kilómetros sin moverse del mismo sitio.

VII.

Los ciclistas ponen gafas de perfil en los puentes de las carreteras.

VIII.

Cierta función fisiológica, que es feo nombrar, tiene mucho de evangélica: Es cuando nos damos cuenta en dónde paran todos aquellos afanes materiales que condena Jesucristo en el Sermón de la Montaña.

IX.

Las zarandas tienen una difícil cubicación teórica y una difícilísima confirmación práctica.

X.

El Camarero es la blanca-seis del dominó humano: Va vestido de negro como la blanca-seis; es estirado y pulido como la blanca-seis, y, como la blanca-seis, vive entre los humos del tabaco y los vapores del café.

XI.

Muchos malabaristas quisieran tener la descuidada destreza de los camareros que,

con la bandeja, realizan, ante los parroquianos, difícilísimos juegos de prestidigitación.

XII .

Un tonel de vino, por modesto que sea, contiene más ideas que toda una generación de pensadores.

XIII .

Esas parejas de novios que pasean por las calles de las grandes ciudades, prestan más atención que a ellos mismos, a la atención que pudieran despertar en los transeúntes.

XIV .

El músico que toca la batería, aprieta su pie despiadado contra el cuello de Beethoven, como si quisiera ahogar todas las divinas armonías del Universo.

XV .

Pensamos en la guillotina siempre que vemos a un hombre hacerse un nudo en al corbata.

XVI .

En todas las fiestas populares tiene que haber un cierto violinista para darnos a entender que el divino arte de Euterpe solamente se percibe por el oído.

XVII.

El ciclista va sobre su máquina de amolar afilando la larga y reluciente cuchilla de la carretera.

XVIII.

La moto y el sidecar empatan en todas las carreras.

XIX.

Una siesta no es siesta verdadera si no suena el pito del afilador.

XX.

En muchos buzones de correos suele haber un león más voraz que todo los leones de la selva.

XXI.

Los carteros son los ladrones de la comida que todos echamos en vientre de los buzones.

XXII.

Tememos morir siempre que nos cruzamos con un hombre embozado, pues bajo una capa adivinamos una mano pronta a oprimir el gatillo de la pistola o la empuñadura de la espada.

XXIII .

El vaso de agua de Seltz tiene en el fondo infinitos submarinos que disparan constantemente hacia la superficie.

XXIV .

Arquímedes y Galileo fueron dos genios destructores; el uno arrojando todos los objetos al mar, el otro precipitándolos por la torre inclinada de Pisa.

XXV .

Saturno es el planeta más presumido de nuestro Sistema Solar: no se quita los anillos ni para acostarse.

XXVI .

El formol es el aceite de la conserva humana.

XXVII .

Las madres de la caridad llevan el alma sobre la cabeza, en forma de blancas alas desplegadas, como dando a entender que están prontas a todos los sacrificios.

XXVIII .

En el espejo de los escaparates se miran de reojo todos los transeúntes.

XXIX.

Con el abrelatas del manubrio se destapa la conserva musical de los organillos.

XXX.

¡Qué despiadados son esos médicos de pianos que operan en sus vientres sin guantes de goma y sin cloroformo!

XXXI.

Una se convierte en “tío-vivo” sin más que transformarle su sistema de coordenadas.

XXXII.

Habiendo lagartos, no se les debía comprar a los niños esos terribles cocodrilos de juguete.

XXXIII.

De cielo y de mar deben alimentarse las nodrizas de los nobles: no tendrían si no la peregrina propiedad de convertir en sangre azul la blanca sangre de sus pechos.

XXXIV.

Los guardias civiles son los ángeles custodios del campo.

XXXV.

Ese jorobado vendedor de lotería, cree llevar siempre el premio en el bombo de la joroba.

XXXVI .

El payaso disfraza con sus travesuras la tristeza amarga de su corazón.

XXXVII .

Los blancos y rojizos cosméticos del payaso del circo, ocultan muchas veces la negra y profunda pena de su corazón.

XXXVIII .

Las lámparas de muchos cafés de Madrid, son tan modestas, que ocultan su modernismo, adoptando formas y posturas de bujías, como queriendo desentenderse del siglo de la electricidad.

XXXIX .

El porrón tiene una larguísima agonía: hace tiempo que suda el sudor frío de la muerte.

XL .

El timbre da un agudo grito de protesta cuando oprimimos su ombligo en el interruptor.

XLI .

Aquel turista inglés retrataba de vez en cuando a un bañista para refrescar su Kodak.

XLII .

No hay alimento menos nutritivo ni más indigesto que las cartas: salen del estómago de los buzones sin dejar nada, lo mismo que entraron.

XLIII .

La piorrea del piano es completa: todos los dientes se le mueven.

XLIV .

El cojo anda despacio sobre las muletas, pero lleva una pieza de repuesto.

XLV .

El comerciante de tejidos, cuando saca las piezas de la estantería, parece que va a tocar el acordeón.

XLVI .

Las tardes frías de enero tienen guantes azules para todas las manos.

XLVII .

Las cifras romanas son el traje de gala de los números.

XLVIII .

La habitación se muda al otro lado de la pared por la ventana del espejo.

XLIX.

Se alegra la llama cuando suena el acordeón de la herrería.

L.

Si no oyéramos la música, las posturas y los gestos del hombre que toca el acordeón, sería insoportables.

LI.

En el espejo están todos los puntos, ejes y planos de simetría.

LII.

Esas batas abrochadas por la espalda, de los cirujanos, les dan no se que aspecto de hombres al revés.

LIII.

¡Qué cruelmente nos engañan los mapas!: Pasamos la línea de la frontera y no encontramos la tierra encarnada, azul, amarilla, violeta... que esperábamos encontrar.

LIV.

Las notas más dulces que puede dar el violonchelo son las dulces y soñolientas notas de su nombre.

LV.

La letra D es la letra en cinta del alfabeto.

LVI.

Acariciaba a la guitarra como a una novia adolescente... y sus dedos sobre las cuerdas, languidecían en escorzos de enfermiza y frenética posesión.

LVII.

La untosidad de las barajas usadas se debe a la grasa que suelta el huevo frito del as de oros.

LVIII.

Entramos y salimos por las puertas giratorias con aire de ascenso y descenso de tranvía en marcha.

LIX.

En las planas de los letreros luminosos aprende a escribir la electricidad.

LX.

En los suelos embaldosados salta y ríe el teorema de Pitágoras.

LXI .

¡Qué bien nos sienta y nos apura la barba esa media vuelta de tío-vivo que nos da el barbero, en la silla giratoria, después de afeitarnos.

LXII .

Los ricos nuevos compran un lujoso automóvil que será ya su verdadero sello, su auténtica tarjeta de visita, para mostrar escandalosamente la velocidad: la velocidad con que se han enriquecido.

LXIII .

La “radio” tiene con frecuencia indigestiones de música... de mala música que le hace daño... y por eso le suena el ruido sordo de sus tripas.

LXIV .

El rey Baltasar debía poner a las niñas muñecas negras.

LXV .

La caja de cerillas tiene mucho de cascabel: no la saca el fumador sin sonarla.

LXVI .

El día que se fundan las nieves polares, se fundirán también los osos blancos.

LXVII .

El sabio es mucho más rico que el millonario, porque el banco emisor de sus monedas no tiene límites ni cortapisas.

LXVIII .

Yo creo que un régimen alimenticio, basado en espárragos y fideos, sería el régimen ideal para conservar la línea.

LXIX .

El niño lleva rodando la letra O en su aro, y la transforma en letra Q cuando la sujeta con el gancho.

LXX .

Se nos ha terminado el tabaco, y lo buscamos obstinadamente en el bolsillo.

LXXI .

Cuando el jardinero levanta la manga de regar, adquiere el empaque de un domador de serpiente.

LXXII .

Todas las rúbricas tienen como fondo común un ocho tendido.

LXXIII .

Los paraguas sirven para perderse.

LXXIV.

Tienen nuestras manos vacilación de manos de ciego, cuando buscamos el trozo de pan bajo los bordes del plato.

LXXV.

Era tan anticomunista aquel hombre, que quería extraerse los glóbulos rojos de la sangre.

LXXVI.

Si la Venus de Milo no tuviera los brazos cortados, acariciaría su propia y desnuda morbidez.

LXXVII.

El "Metro" traga y expulsa su alimento por una misma "boca".

LXXVIII.

Aquel abogado criminalista tenía en tan alta estima el sentimiento de la justicia, que el día que delinquiró interpuso la querrela contra si mismo.

LXXIX.

Las palabras en las que entra la ha y la x, son palabras muelles, palabras con silla y con catre de tijera.

LXXX.

La mayor preocupación del rico nuevo es la invención de la enfermedad que ha de padecer.

LXXXI.

El fútbol es una prestidigitación contrapuesta a la prestidigitación corriente: Naturalmente a los juegos de manos se contraponen los juegos de pies.

LXXXII.

El balón es una bota vieja e hinchada a patadas que disimula sus múltiples heridas con recosidas cicatrices.

LXXXIII.

El partido de fútbol es una lucha por la pelota. Pues bien, los club de ambos bandos deberían conceder una pelota a cada jugador para, de forma tan sencilla, evitar la contienda.

LXXXIV.

Cuando frena la motocicleta, se ve lo que tiene de potro encabritado.

LXXXV.

Tenía aquel hombre unas olivillas de doce a catorce años, y como un día alguien le preguntara como estaban, contestó con exacto

y estupendo grafismo: ya te puedes ahorcar en todas ellas.

LXXXVI .

En los canjilones de la noria pintados de verde es en donde mejor canta el viento su canción de verano.

LXXXVII .

Es verdaderamente inquietante la absoluta quietud de esas balanzas de precisión, encerradas en vitrinas de las farmacias.

LXXXVIII .

Cuando el boticario, con la bata blanca de trabajo y la espátula en la mano, sale al mostrador de la farmacia, parece que va a afeitarse al parroquiano.

LXXXIX .

Nada más triste que ese abandono de cementerio que tiene la mesa por la mañana después de haberse celebrado el gran banquete de la noche.

XC .

Se dice que el vino de Jerez es el sol de Andalucía embotellado. ¿Cuál será, entonces, la bebida correspondiente a la luna de Andalucía embotellada?.

XCI .

Hay que observar el gesto y ademán de optimismo que pone el limpiabotas cuando se sienta a los pies de su cliente.

XCII .

Existe un remedio para no recortar el bastón que nos está largo: es el ponerse las suelas suficientes en los zapatos.

XCIII .

El motorista que lleva la cazadora de cuero con cremallera y el pasamontañas de gruesas gafas de celuloide, se convierte en la carrocería humana de su propia motocicleta.

XCIV .

Los Reyes Magos debían poner niños muertos de juguete a los hijos del enterrador.

XCV .

Cuando la alcoba queda absolutamente oscura, todas las cosas cambian de lugar.

XCVI .

En todos los payasos de circo hay escondido un "gaitero de Gijón".

XCVII.

Hay linternas sordas, y gafas sordas como las gafas de alambre del picapedrero.

XCVIII.

La oficina del médico y la del farmacéutico tienen mucho de banco cuando nos abre la cuenta corriente de la salud.

XCIX.

Algunos zapatos son tan perfectos que echarían a andar solos si no estuvieran encerrados en las vitrinas de la zapatería.

C.

Hacía tanto frío que saltaron rotas las cuerdas de los meridianos.

CI.

Las anchoas en aceite sirven para dos cosas: para tomar el aperitivo y para mancharse la corbata.

CII.

En las bombicas y en los globos de los niños estalla violenta la alegría de la feria.

CIII.

A los que no juegan a la lotería, les toca el reintegro en todas las jugadas.

CIV.

Los que comen turrónes en las ferias, comen las huellas dactilares de todas las moscas.

CV.

El primer astronauta fue el primer niño que se fabricó un cometa.

CVI.

A veces se nos subleva el periódico de tal forma, que ya no encontramos la manera de manejarlo.

CVII.

Acariciamos la piel rosada del cigarro-puro, y cuando le quitamos la vitola, se queda ya desnudo e indefenso para la consumación.

CVIII.

Si veis un hombre con la corbata impecablemente limpia, podéis asegurar que no le gustan las anchoas.

Sobre el gamberrismo:

I.

Gamberrismo: Signo social de los tiempos actuales.

II.

Gregario, es como gamberro y gregarismo como gamberrismo.

III.

Hay un gamberrismo de las personas y un gamberrismo de las cosas.

IV.

Frío: una ola de frío. Calor: una ola de calor. Hay un verano gamberro que no sabemos cuando empieza y una primavera gamberra que no comienza nunca.

V.

Hay el gamberrismo bajo de romper farolas y destruir estatuas, y hay el gamberrismo ilustrado del médico que desconoce la

conjugación latina o del abogado que no sabe demostrar el teorema de Pitágoras.

VI.

El gamberrismo es antirrenacentista y antihumanista. Donde no hay humanismo, hay seguramente mucho gamberrismo.

VII.

El gamberro no sabe beber - a chorro - agua en el porrón; y el que no sabe eso, es porque no ha alzado la cabeza al firmamento estrellado. Podrá haber gamberros ingenieros, pero no habrá ni un solo gamberro astrónomo ni filósofo.

VIII.

El gamberrismo tira del hombre hacia fuera, axialmente, ortogonalmente: proyección material y geométrica, y, por consiguiente, proyección sin alma.

IX.

El gamberro odia a la naturaleza, es enemigo de la soledad; por eso tiene que disimular ese espantoso vacío de su alma, con el clamor de mil cosas ruidosas y superficiales.

X.

Una pareja de enamorados hablará en serio de la futura vivienda, y entre chanzas y burlas de

su propio amor: ¡pobre pareja de gamberros!

XI.

El acaudalado propietario alabó, hasta la saciedad, la buena floración de sus olivos, y como buen gamberro, no tuvo una palabra para el parterre del cortijo, materialmente cubierto de lilas y de rosales florecidos.

XII.

Hay gamberros analfabetos, gamberros que saben leer y escribir y gamberros facultativos.

XIII.

Hay un gamberrismo de la mujer: el culto incondicional de la moda.

XIV.

El gamberro sabe hacer una cosa a la perfección: sacarle partidas a las máquinas tragaperras.